

Jazmín™

Finalista premios RITA®

Niños

BARBARA HANNAY

Madre por encargo

Madre por encargo

Barbara Hannay

1º Bebés y matrimonio

Madre por encargo (2010)
Título Original: Expecting miracle twins (2009)
Serie: 1º Bebés y matrimonio
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2345
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jake Devlin y Matilda "Mattie" Carey

Argumento:

En aquel momento no podía enamorarse…

Mattie Carey ha decidido ser madre de alquiler para hacer realidad el deseo de su mejor amiga y, dejando a un lado el sueño de encontrar al hombre de su vida, se prepara para su nuevo papel. Pero cuando se traslada a Sidney lo último que espera encontrar es al hombre perfecto: Jake Devlin, su compañero de piso, simpático, encantador y enigmático… justo en el peor momento para que Mattie se enamore.

Capítulo 1

Mattie tuvo que sonreír cuando llegó a la entrada de su nuevo hogar. No podía creer su buena suerte. El bloque de apartamentos era mucho más elegante de lo que había imaginado, con paredes pintadas de blanco, puertas azules estilo mediterráneo y balcones mirando el mar.

Su apartamento, el número tres, estaba en el primer piso, de modo que no tendría que subir escaleras durante los últimos meses del embarazo. Y *Brutus* podría correr a placer por el jardín de la entrada.

Mientras aparcaba el coche vio una maceta con geranios en el porche, como una señal de bienvenida. Ya casi podía imaginarse viviendo allí. Por las mañanas sacaría su ordenador y disfrutaría del sol mientras trabajaba. Y podría salir a pasear con *Brutus* por el puerto porque, si se ponía de puntillas, casi podía ver el puente de Sidney. Iba a ser estupendo vivir allí durante un año.

Todo en su nueva aventura la emocionaba. Después de hablar con los médicos, y pensar el proyecto desde todos los ángulos, sabía que estaba haciendo lo que debía. Y si todo iba bien, a finales de año le daría a su mejor amiga el hijo que tanto había esperado.

Solo hacía falta que el implante de embriones saliera bien y se convertiría en madre de alquiler.

Canturreando, Mattie sacó a *Brutus* de su cesta y se dirigió a la puerta…

Pero una música tan estridente como el ruido de una ametralladora salió del número tres y la sonrisa feliz de Mattie se desintegró. Atónita, miró la tarjeta que iba con su llave, pero no había ningún error: su apartamento era el número tres. Gina se lo había dicho esa mañana cuando le había dado la llave:

—Es tuyo durante el tiempo que lo necesites.

Todo estaba acordado. El propietario del apartamento era Will Carruthers, el hermano de Gina, que estaba trabajando en una mina en Mongolia y, como Mattie se había negado a aceptar dinero por hacerle ese favor. Gina habló con él para que le prestase el apartamento.

Lo último que Mattie esperaba era encontrar allí a otro inquilino, y mucho menos uno que ponía la música a todo volumen. Nerviosa, agarró a *Brutus* con fuerza mientras miraba la puerta.

¿Se habrían metido allí unos *okupas*? ¿Estarían haciendo una fiesta?

Estuvo a punto de volver al coche, pero su sentido de la justicia prevaleció. La justicia estaba de su lado.

De modo que reuniendo valor, se dirigió a la puerta y llamó con los nudillos.

Y volvió a llamar.

Por fin, quien fuera bajó el volumen de la música y, cuando la puerta se abrió. Mattie dio un paso atrás.

El hombre que apareció en el umbral no tenía aspecto de *okupa*, todo lo contrario. Pero sí parecía un pirata.

Al menos, ése fue su primer pensamiento, sin duda provocado por el cabello despeinado y la sombra de barba… y que llevase la camisa desabrochada, mostrando un torso bronceado. Mattie intentó no mirar ese torso, aunque era un ejemplo de anatomía masculina muy llamativo.

—¿Quería algo? —le preguntó él, apoyando un hombro en el quicio de la puerta.

Cuando habló, Mattie dejó de pensar en piratas. Por un momento, dejó de pensar del todo. Tenía una voz grave, masculina y rica, como un postre de chocolate.

—Creo que… me parece que ha habido un error.

Él levantó una ceja oscura.

—¿Perdone?

—Parece que ha habido un error. Este es mi apartamento, el número tres. Tengo que instalarme hoy mismo.

Él miró el perrillo que llevaba en las manos y luego miró hacia atrás. Y, por primera vez, Mattie vio a su acompañante, una rubia de largas piernas reclinada en el sofá, con una copa en la mano.

—¿Qué quiere? —preguntó sin mucha amabilidad.

Sin contestar, el hombre se volvió hacia Mattie.

—¿La han enviado aquí de alguna inmobiliaria?

—No, tengo un acuerdo privado con el propietario. Él sabe que iba a venir.

—¿Y le importaría decirme el nombre del propietario?

Mattie lo miró, perpleja.

—Le aseguro que yo tengo derecho a estar aquí. ¿Lo tiene usted?

Asombrada, vio que el extraño se echaba a reír. La rubia se levantó entonces del sofá y se reunió con ellos en la puerta, pasándole un brazo por los hombros.

—¿Qué pasa, Jake?

—Una pequeña incursión —sonrió él, con expresión divertida.

—¿Una qué?

—Una batalla territorial —dijo el tal Jake.

—Ha habido un error con el apartamento —insistió Mattie, mostrándole las llaves—. Se supone que iba a mudarme hoy mismo. Tengo una llave… ¿tiene usted llave o ha entrado sin permiso?

El hombre se cruzó de brazos.

—Claro que tengo llave. No pensará que he entrado por la fuerza, ¿verdad?

—Mire, yo tengo un acuerdo con los Carruthers…

—¿La envía Will Carruthers? —la interrumpió él entonces—. ¿Por qué no me lo había dicho antes?

—¿Conoce a Will?

—Claro que lo conozco. Trabajo con él en Mongolia, es uno de mis mejores amigos.

—Ah —murmuró Mattie, sorprendida—. Pero entonces, supongo que él sabe que está usted aquí.

—Por supuesto. Le dije que iba a estar en Sidney una semana y Will insistió en que me alojara en su apartamento.

—¿Una semana?

—Llegué anteayer.

Suspirando, Mattie miró a *Brutus*, que la miraba a su vez, intentando lamer su barbilla.

—Entonces ha habido un error.

Pero si Will le había ofrecido su casa, tendría que buscar un sitio donde alojarse durante una semana…

—Lo sentimos por usted —dijo la rubia, apoyando la barbilla sobre el hombro de su acompañante.

—No me ha dicho de qué conoce usted a Will.

—Lo conozco de toda la vida —suspiró Mattie. Aunque no se habían visto mucho en los últimos años, pertenecían al mismo círculo de amigos de Willowbank, en Nueva Gales del Sur—. La hermana de Will, Gina, es mi mejor amiga. Fue ella quien me ofreció que viviera aquí durante un año, y Will lo sabe.

Jake arrugó el ceño.

—En ese caso, supongo que no hay razón para que se vaya.

Después de todo, hay dos dormitorios.

Mattie abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada. No le apetecía tener que buscar un hotel y aquellos dos solo estarían allí unos días.

—¿Seguro que no le importa? No quiero molestar.

—No, claro que no. Además, yo no pienso estar mucho tiempo en el apartamento —Jake se volvió hacia la chica—. Podemos salir a comer mientras la señorita… no me has dicho cómo te llamas.

—Matilda Carey —dijo ella, ofreciéndole su mano—. Pero todo el mundo me llama Mattie.

—Jake Devlin —sonrió él, apretando su mano.

—Encantada de conocerte, Jake.

Él señaló el terrier que llevaba en brazos.

—¿Cómo se llama?

—*Brutus*.

—Ah, claro, le pega mucho —rió Jake—. Por cierto, ella es Ange —dijo luego, señalando a su amiga—. ¿Quieres que te eche una mano con tus cosas?

Su amabilidad la sorprendió pero, por su expresión, Ange no parecía estar tan conforme.

—No, gracias, puedo hacerlo yo. Solo tengo la jaula de mi canario y un par de maletas.

—¿Un canario? —repitió Jake, pasándose una mano por el pelo. Y el gesto hizo que los músculos de su torso se movieran tentadoramente.

Mattie iba a explicarle que había heredado el canario de su abuela, pero su torso la distrajo.

—Jake —lo llamó Ange entonces, con tono de advertencia—. ¿No íbamos a comer fuera?

—Ah, sí, claro —murmuró él, abrochando los botones de su camisa.

Cuando los dos salieron de la casa, Mattie entró en el salón y miró alrededor: sobre la mesa había una botella de vino, varias copas y cuencos de frutos secos. En la cocina, el fregadero estaba lleno de platos sucios y la puerta del lavavajillas, abierta, como si alguien hubiera estado a punto de llenarlo.

Al fondo del pasillo estaba el cuarto de baño y no le sorprendió ver toallas mojadas en el suelo y un par de zapatillas abandonadas. Mattie había compartido piso antes y algunas de sus compañeras habían sido desordenadas, de modo que estaba más o menos

acostumbrada.

La siguiente habitación era un dormitorio con la cama sin hacer, por supuesto. Las sábanas revueltas contaban su propia historia, como la botella de champán vacía sobre la mesilla.

Un inexplicable peso en el estómago de Mattie la hizo salir de allí para llegar, por fin, a un dormitorio ordenado al fondo del pasillo.

Era mucho más pequeño que el dormitorio principal y desde la ventana no se veía el puerto, pero al menos estaba limpia. Además, seguramente habría elegido ese dormitorio para dejar el otro a las visitas.

Claro que no tendría demasiadas visitas durante ese año, pensó, mientras salía a la calle para sacar las cosas del coche. Gina y Tom irían a verla de vez en cuando y también sus padres, ahora que se les había pasado el susto. Pero había acordado con Gina y Tom ser discretos sobre el asunto y el resto de sus amigos no sabían muy bien por qué se había ido a Sidney.

La decisión no había sido tomada a la ligera. Los tres sabían que, si se quedaba en Willowbank, no podrían mantener el embarazo en secreto, y Gina había sido lo bastante sensata como para reconocer que su constante vigilancia incomodaría a Mattie.

De modo que iba a ser un año un poco solitario. Eso era lo que había preocupado a su psicóloga cuando hablaron del tema, pero Mattie había logrado convencerla de que no era un problema. Como autora e ilustradora de cuentos para niños, estaba acostumbrada a pasar mucho tiempo sola.

—¿Tienes pareja? —le había preguntado la psicóloga.

Mattie le contó que no había ningún hombre especial en su vida… aunque no añadió que no lo había habido en casi tres años.

—¿Y si conocieras a alguien en los próximos meses?

—Solo es un año de mi vida, no creo que vaya a conocer a alguien precisamente ahora.

—Pero vas a necesitar apoyo.

—Los padres del niño irán a verme a Sidney y siempre puedo llamar por teléfono o charlar por correo electrónico con mis padres y mis amigos.

La verdad era que Mattie estaba acostumbrada a apoyar a otros más que a pedir apoyo. Su impulso de ayudar había empezado de niña y era tan vital para ella como respirar… y eso no iba a cambiar en un año.

Era más de medianoche cuando Mattie oyó la puerta y luego pasos sobre el suelo de baldosas de terracota. Había esperado murmullos y risas, pero lo único que oyó fue un golpe y una imprecación en voz baja.

Los pasos continuaron hasta el dormitorio de Jake y Mattie se tapó la cara con la almohada. Si Jake Devlin y Ange iban a tener fiesta esa noche, ella no quería oír nada.

Estaba fregando las cosas del desayuno cuando Jake apareció en la cocina a la mañana siguiente, sin afeitar y con la expresión de un oso con dolor de muelas, habría dicho su madre.

—Buenos días —lo saludó.

Él replicó con un gruñido.

—Queda un poco de té, si te apetece.

Jake negó con la cabeza, mirando la encimera reluciente.

—¿Qué ha sido de la cafetera?

—Ah, está ahí arriba —Mattie abrió el armario donde había guardado la cafetera después de fregarla.

—¿La has lavado?

—Sí.

—Y también has limpiado la cocina.

—No importa, no he tardado nada.

Él sacudió la cabeza con gesto de mal humor y Mattie se preguntó si debería sugerir unos huevos revueltos con beicon. Para la mayoría de los hombres, un buen desayuno era la mejor cura para la resaca.

Pero tenía la impresión de que Jake Devlin lanzaría un gruñido si se atrevía a sugerir tal cosa. Además, que se lo hiciera Ange. Seguramente su novia seguiría en la cama.

—Bueno, me voy. Tengo una cita esta mañana.

—Yo también.

—Ah, ya —Mattie respiró profundamente—. Bueno, pues… espero que vaya bien.

Por un momento, le pareció que Jake estaba a punto de decir algo agradable, pero se limitó a encogerse de hombros, concentrando su atención en la cafetera.

Mattie volvió a su habitación. Le daba igual que fuera un

insociable. Se marcharía en menos de una semana y no le importaba lo más mínimo que sonriera o no. Si quería mostrarse antipático, era su problema.

Cuando pasaba frente a la puerta de su habitación giró la cabeza porque no quería ver a Ange… pero cuando miró de reojo comprobó que la cama estaba vacía. Evidentemente, la rubia no había dormido con Jake, lo cual tal vez explicaba su mal humor.

Capítulo 2

La directora de la residencia de ancianos se levantó al ver a Jake.

—Venga por aquí, señor Devlin. Roy ya está vestido y deseando verlo.

—Me alegro —Jake estaba sonriendo, pero mientras seguía a la mujer por el estrecho pasillo sentía un peso en el estómago. Aquel sitio era tan espantoso como recordaba de su última visita. Olía a hospital y en las paredes había cuadros con mariposas y cuencos de frutas. A Roy no le gustaría nada. Además, por allí no había un caballo ni un eucalipto.

Al pasar frente a las habitaciones vio a varios ancianos en la cama o medio dormidos en sillones, viendo la televisión…

Que un gran hombre como Roy Owens, que se había pasado la vida en el campo dirigiendo un gran rancho, tuviera que pasar los últimos años de su vida encerrado en un sitio así…

Y cuando vio a su viejo amigo se le hizo un nudo en la garganta.

Hacía seis meses que no iba a visitarlo y el cambio en Roy era devastador. El hombre fuerte al que había idolatrado de niño había desaparecido, reemplazado por un anciano pálido y frágil. Jake intentó hablar, pero no era capaz.

Roy había sido el capataz del rancho Devlin, una propiedad aislada al norte de Queensland y, hasta unos años antes, era alto y fuerte como un roble. Él le había enseñado a montar a caballo, a pescar, a echarle el lazo a los terneros, a buscar pepitas de oro en el río y a seguir a las abejas nativas hasta sus colmenas.

Por la noche, alrededor de una hoguera. Roy le contaba historias bajo las estrellas. Nadie sabía más que él sobre el cielo, sobre el campo o sobre las peripecias de los pioneros que llegaron a Australia.

A los diez años, Jake estaba convencido de que Roy Owens sabía todo lo que un hombre debía saber sobre la vida. Y tenía una paciencia infinita, además.

Cuando le preguntó a sus padres por qué había tenido que irse a una residencia, ellos le dijeron que era lo único que se podía hacer

porque necesitaba cuidados constantes, aunque tampoco a ellos les gustaba.

—¿Pero habéis ido a verlo? ¿Habéis visto cómo vive?

—Cariño, tú sabes que tu padre y yo estamos muy ocupados en el rancho. Iremos a verlo en cuanto tengamos tiempo.

Por el momento no habían encontrado tiempo para visitar al viejo capataz, pero el afecto que Jake sentía por Roy nunca había disminuido y le dolía ver al hombre que había sido como un segundo padre para él en aquel estado, frágil y solo, sin familia que lo ayudase. Le rompía el corazón y tuvo que controlar las lágrimas cuando Roy le sonrió.

—Jake, ¿cómo estás, muchacho? Me alegro mucho de verte.

—Yo también.

—Ven, siéntate —dijo el anciano—. Nos traerán el té en un momento. Cuéntame qué tal te va en Mongolia.

El cuerpo de Roy podría haberlo traicionado, pero seguía teniendo la cabeza tan bien como siempre. Y, al contrario que la mayoría de la gente, cuando le preguntaba por Mongolia de verdad estaba interesado en que le contase cosas. Roy sabía que allí los caballos eran muy valiosos y que, como los niños del campo australiano, los de Mongolia aprendían a montar por la estepa casi antes de aprender a andar.

Parecía encantado escuchándolo pero, mientras hablaba, Jake se daba cuenta de la inversión de papeles. Ahora era él quien le contaba historias mientras el viejo capataz le prestaba atención.

Dos horas después, cuando salió de la residencia, sabía que unas cuantas historias no eran suficientes. Y no dejaba de pensar que estaba defraudando a su viejo amigo.

Mattie estaba de buen humor cuando volvió del médico. Todo estaba preparado, los embriones congelados de Gina y Tom habían llegado a la clínica y, en dos semanas, cuando llegase el momento ideal del ciclo, empezaría a tomar hormonas. Con un poco de suerte, se quedaría embarazada en un mes.

Y estaba deseándolo.

Gina y Tom eran una pareja maravillosa y, si alguien merecía ser padres, eran ellos. Habían sido novios desde la infancia y el amor que sentían el uno por el otro era inquebrantable. Ahora tenían una acogedora granja en Willow Creek y una cocina en la que siempre

olía a galletas recién hechas. Pero había una habitación al final del pasillo que aún esperaba al niño que sus amigos tanto deseaban.

Mattie había visto a Gina el día que le dijeron que tenían que hacerle una histerectomía. Había encontrado a su amiga hecha una bola en el sofá del salón, con los ojos enrojecidos de tanto llorar, como si alguien a quien amaba con todo su corazón hubiera muerto.

Por supuesto, eso era lo que había pasado en realidad, porque el niño con el que soñaba nunca tendría posibilidad de vivir.

Para Gina aquél era el más cruel de los golpes. Mattie y Gina habían soñado con formar una familia desde que eran niñas y jugaban con sus muñecas…

Mattie era hija única y pensaba que dos niños estarían muy bien, pero Gina, hija de familia numerosa, quería tener cinco. Y, por supuesto, su marido sería Tom. Tendrían dos pares de gemelos y luego una niña para que Gina la mimase cuando los chicos estuvieran en el colegio.

Era impensable que Gina no tuviera hijos y, como Mattie había abandonado cualquier sueño de formar una familia después de la ruptura con su prometido, no había tardado mucho en sugerir ella misma la idea del vientre de alquiler.

Para Mattie era la solución perfecta: sus amigos tendrían un hijo y ella haría algo positivo, algo bueno; el perfecto antídoto después de su amarga ruptura con Pete.

Sin embargo, la reacción de sus amigos no fue la que ella esperaba.

—Pero eso sería demasiado pedir —dijo Tom—. ¿Lo has pensado bien? Tendrías que gestar un hijo que no es tuyo durante nueve meses…

—Lo sé, lo sé, pero vosotros sois mis mejores amigos.

Tom había intentado sonreír, pero no lo consiguió. Y Gina tampoco parecía muy convencida.

—No sé, Mattie…

—Me resulta raro que una mujer que no sea Gina tenga a mi hijo —suspiró Tom—. Aunque sea una amiga tan maravillosa como tú.

Esa discusión había tenido lugar seis meses antes, y Mattie pensaba que el tema estaba cerrado. Después de romper con Pete se había dedicado a cuidar de su abuela, pero desde que murió su vida le parecía… vacía, falta de sentido.

No dejaba de trabajar y había publicado otro libro, pero seguía

sintiéndose inquieta, sin alicientes.

Y entonces Gina y Tom la llamaron.

Habían considerado la adopción, pero no estaban convencidos del todo y, si Mattie seguía dispuesta a gestar a su hijo, le estarían eternamente agradecidos.

Ahora, en Sidney, después de recibir la buena noticia del médico, Mattie estaba de humor para una pequeña celebración, de modo que había comprado una botella de vino. Después de todo, no podría beber alcohol cuando se quedase embarazada. También compró los ingredientes para uno de sus platos favoritos: pizza de champiñones.

Si Jake Devlin seguía de mal humor, le preguntaría si quería compartir su pizza. Era asombroso cuánto animaba a la gente una buena cena.

De vuelta en el apartamento, con uno de sus cd's favoritos en el estéreo, la banda sonora de una conocida película, abrió la botella de vino y se sirvió una copa antes de empezar a preparar la masa para la pizza.

Estaba casi lista para el horno cuando oyó la llave en la puerta. Y, de repente, sintió que le ardían las mejillas.

Era una reacción absurda. ¿Qué le pasaba?

Mientras los pasos de Jake Devlin resonaban en el pasillo se concentró en ajustar la temperatura del horno, pero sabía que no era el calor del horno lo que hacía que le brillase la cara.

—¿Qué tal?

—Bien —contestó ella.

—¿Qué haces?

—Una pizza.

Jake llevaba la camisa abrochada, de modo que no había razón alguna para que se le doblasen las rodillas. Mientras él estudiaba la pizza con interés, Mattie intentó calmarse y llevar aire a sus pulmones… sin gran resultado.

—Nunca había visto una pizza con patatas.

—Pues deberías probarla, está muy rica.

Genial. Su voz había sonado ronca, sin fuerzas.

—Seguro que sí —Jake sonrió y su sonrisa le pareció más peligrosa que la camisa desabrochada.

—Estará lista en veinte minutos.

—Me temo que no tengo tanto tiempo. Ya he hecho planes —murmuró él, mirando el reloj—. Tengo que irme enseguida, pero

antes quiero darme una ducha.

Mattie intentó disimular su ridícula decepción con una sonrisa. Seguramente habría quedado con Ange, pensó.

—Disfruta de la cena —le dijo, antes de salir de la cocina.

—Sí, claro.

Hacía una noche preciosa, de modo que Mattie se comió la pizza en el porche, con *Brutus* a sus pies. Estaba enfadada consigo misma por sentirse tan absurdamente triste. El día anterior le hacía feliz la idea de vivir sola en Sidney durante un año y, sin embargo, esa noche le gustaría estar con alguien.

No tenía sentido. Cuando empezó a preparar la pizza no había pensado compartirla con nadie, de modo que sentirse así era irracional. ¿Cómo iba a soportar los cambios hormonales de un embarazo si un hombre al que no conocía de nada podía afectarla de esa forma?

¡Ni siquiera le gustaba Jake Devlin!

Seguía triste cuando volvió a entrar en la cocina para lavar los platos y poner la funda a la jaula del canario.

¿Y ahora qué?, se preguntó.

Pero, por supuesto, siempre había algo que la animaba.

Mattie tomó su cuaderno de dibujo y sus lápices y, canturreando, se sentó en la alfombra dispuesta a hacer la primera ilustración para su nuevo libro de cuentos.

La idea para esa historia llevaba dando vueltas en su cabeza un par de semanas, pero había estado demasiado ocupada planeando la mudanza y aquella noche era el momento perfecto para empezar a plasmarla en papel.

Como siempre, la historia empezaría en el mundo sencillo de su protagonista: Molly. En su casa en la ciudad, donde la niña vivía con sus padres, su gato y su canario.

Y aquel cuento empezaría con una escena en el cuarto de baño.

Mattie eligió un lápiz y, después de sacarle punta, respiró profundamente e hizo la primera marca en la página. Unos minutos después estaba completamente absorta, perdida en el mundo que creaba su imaginación y que, afortunadamente, nunca la decepcionaba.

El apartamento estaba a oscuras cuando Jake volvió, poco después de medianoche. La noche anterior había tropezado con algo en la oscuridad, de modo que esa vez encendió la luz y parpadeó al ver los papeles y lápices sobre la mesa de café.

Pero Mattie, la obsesa del orden, no podía haber dejado todo aquello tirado de cualquier manera.

Por curiosidad se acercó a la mesa… y se quedó sorprendido.

La mesa estaba tapada por una cartulina que Mattie parecía haber dejado allí para que se secase. Era un dibujo, hecho a lápiz y coloreado después con acuarelas. En él aparecía una niña de pelo rizado dentro de una bañera con patas en forma de garra de león llena de burbujas, brillantes burbujas con todos los colores del arco iris que caían sobre una alfombra donde yacían abandonados un par de calcetines de rayas blancas y rojas.

La manga de un jersey azul colgaba del cesto de la ropa sucia y la carita de un gato negro asomaba por detrás.

Era una escena sencilla, dibujada y coloreada delicadamente, pero había algo fascinante en ella. Jake volvió a mirar a la niña de rizos castaños y ojos azules y tuvo que sonreír. Tenía un aspecto ordinario y, sin embargo, increíblemente atractivo. Igual que su creadora.

Mattie fue despertada a la mañana siguiente por un inesperado ruido de cacerolas y sartenes. Y cuando abrió la puerta de su habitación le llegó el más inesperado aroma a café y champiñones.

Se había levantado más tarde de lo normal porque, cuando por fin terminó la ilustración, había estado despierta durante horas pensando en el argumento del cuento. Pero no había oído llegar a Jake, de modo que debía de haber vuelto muy tarde. Qué raro que se hubiera levantado tan temprano, pensó.

Después de pasar por el baño para lavarse la cara y arreglarse un poco el pelo, Mattie entró en la cocina.

Jake, que estaba batiendo huevos en un cuenco, se volvió para saludarla.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo ella.

—He abierto la puerta para que *Brutus* saliera al jardín.

—Ah, gracias —Mattie parpadeó, sorprendida, al ver que también había llenado el cuenco de agua de su perro.

—¿Cómo puede un perro tan pequeño llamarse *Brutus*?

—No tengo ni idea —admitió ella—. Imagino que sus antiguos propietarios tenían un extraño sentido del humor.

—¿Antiguos propietarios?

—Tengo una amiga, Lucy, que es veterinaria. Alguien dejó a *Brutus* en la puerta de la clínica y el pobre necesitaba un nuevo dueño…

—Y tú te ofreciste voluntaria.

—Pues sí.

Jake la miró con una sonrisa en los labios y luego señaló la sartén.

—He encontrado unos champiñones en la nevera y he decidido hacer una tortilla.

Parecía muy orgulloso de sí mismo, pero Mattie no iba a dejarse impresionar. La noche anterior había jurado olvidarse de Jake Devlin y, con un poco de fuerza de voluntad, podría olvidarse de lo atractivos que le parecían su torso, su sonrisa y sus brillantes ojos oscuros.

Sencillamente, era absurdo. Aparte de que Jake ya tenía una novia, o varias, esa absurda atracción le recordaba que tres años antes se había enamorado con resultados desastrosos y había jurado no volver a pasar por eso.

Además, por muy atractivo que fuera, se marcharía de Sidney en menos de una semana. Y poco después ella estaría embarazada del hijo de Gina y Tom.

Ningún hombre estaría interesado en ella entonces y no le importaba en absoluto. Estaba totalmente dedicada a una causa noble: el hijo de sus amigos. Cuando fuese mayor y mirase hacia atrás, vería aquel regalo como el mayor de sus triunfos en la vida.

—Puedes usar todos los champiñones que te parezca.

—¿No quieres compartir la tortilla conmigo?

—No, gracias —contestó ella.

—¿Por qué?

—Pues… soy alérgica a los huevos. Y normalmente tomo cereales para desayunar.

Él pareció decepcionado y Mattie no pudo disimular una sonrisa de triunfo. Una tontería, por supuesto.

—Qué pena. Mis tortillas son famosas en el mundo entero —bromeó Jake.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —le preguntó ella, sacando los

cereales del armario.

—En Mongolia, en la mina.

—¿En serio?

—Tenemos un cocinero fabuloso, un canadiense llamado Pierre, y cuando tengo un rato libre entro en la cocina para echarle una mano.

—Supongo que no habrá muchas distracciones en Mongolia.

—A menos que puedas ir a la capital, no —usando una espumadera, Jake dobló la tortilla por la mitad.

—¿Eres geólogo como Will?

—No, soy ingeniero medioambiental.

—¿Y tu trabajo consiste en que las compañías mineras no destrocen Mongolia?

—Más o menos —sonrió él.

—Pues debe de ser un trabajo muy satisfactorio, ¿no?

—No es malo —dijo Jake—. ¿Y tú, a qué te dedicas?

—Yo no tengo estudios superiores, de modo que lo mío no es una verdadera carrera. Hago varias cosas…

—Pero también pintas.

—Sí, bueno, habrás visto el dibujo que dejé sobre la mesa —sonrió Mattie—. Lo siento, tengo que recogerlo…

—No, no te preocupes. De hecho, me alegró mucho que dejaras tus cosas tiradas por ahí. Ahora sé que eres una persona normal.

La sonrisa de Jake era tan atractiva que Mattie se alegró cuando un sonido desde la jaula los distrajo a los dos.

—Buenos días. *Pavarotti* —saludó a su canario, quitando la tela.

—¿*Pavarotti*? —rió Jake.

—Es su nombre, como el tenor.

Jake sacó la tortilla de la sartén y la colocó en un plato, pero cuando se sentaron uno frente al otro en la mesa, Mattie supo que tenía un problema.

Su corazón cantaba tan alegremente como su canario.

Jake señaló al pájaro mientras cortaba la tortilla con un tenedor.

—¿Te gusta la ópera?

—Mi abuela era una enamorada de la ópera, ella fue quien le puso el nombre al canario. Yo quería llamarlo Elvis, pero era suyo, de modo que ella tenía la última palabra —Mattie dejó escapar un suspiro—. La pobre murió el año pasado, así que yo heredé a *Pavarotti*.

—¿La querías mucho?

—Sí, mucho. Cuidé de ella durante los dos últimos años de su vida.

En los ojos oscuros de Jake vio un brillo de sorpresa y luego una inesperada tristeza que la sorprendió.

Comieron en silencio durante unos minutos y, por fin, Mattie le preguntó:

—¿Tienes algo interesante planeado para hoy?

—Estaba pensando ir al cine.

—¿En un día tan bonito?

—Llevo seis meses sin ir al cine, tengo muchas películas que ver.

—Ah, claro.

—¿Quieres venir conmigo?

La pregunta fue tan inesperada que Mattie no sabía qué decir. Le gustaría preguntarle si Ange era su novia o si estaba libre y salía con cualquier mujer que se pusiera a tiro…

Ella no tenía nada planeado para esa tarde, pero si existía alguna posibilidad de que Jake le estuviera pidiendo una cita, debería decirle que no.

—No, lo siento, no puedo —dijo a toda prisa—. Tengo muchas cosas que hacer.

Si Jake se había llevado una desilusión, no lo demostró, pero cuando se quedó sola Mattie volvió a sentirse absurdamente triste. E intentando pensar en cualquier cosa que no fuera Jake Devlin, decidió ir a la peluquería.

Dos horas y media después sonreía, encantada, mirándose al espejo. Unos reflejos cobrizos y dorados habían transformado su aburrido pelo castaño y el corte, rozando su barbilla, llamaba la atención sobre sus pómulos.

Se decía a sí misma que estaba haciendo aquello para animarse antes del embarazo. La nueva imagen no tenía nada que ver con Jake. Pero cuando volvió al apartamento se puso un pantalón gris, su favorito, una blusa de color crema y unos pendientes largos.

Estaba guapa, pero se sentía como una tonta. ¿No se preguntaría Jake por qué iba tan arreglada?

Seguía intentando decidir si debía volver a ponerse los vaqueros cuando oyó que se abría la puerta, de modo que entró en la cocina a toda prisa y fingió estar buscando algo en los armarios.

—Ah, perdón —lo oyó decir desde la puerta—. Creo que me he equivocado de apartamento.

Mattie se puso colorada.

—No seas tonto.

—¿Vas a salir? Te veo muy arreglada.

—Sí, claro —mintió ella—. He quedado con un amigo para cenar.

Jake asintió con la cabeza.

—Estupendo, que lo pases bien.

—Gracias.

—Por cierto, Mattie…

—¿Sí?

—Ese corte de pelo es muy bonito.

Mattie estaba realmente enfadada consigo misma cuando salió a la calle. Desde que conoció a Jake Devlin el sentido común parecía haberla abandonado. Le había mentido sobre sus planes y allí estaba, paseando por la calle, buscando un sitio en el que cenar cuando tenía la nevera llena de cosas.

Decidió entrar en el primer café que encontró. Era un sitio sencillo, con suelo de cemento y mesas de metal. La mayoría de los clientes llevaban pantalones vaqueros y Mattie se sentía demasiado vestida, pero se sentó a una mesa, dispuesta a cenar y a olvidarse de Jake Devlin.

Después de pedir una copa de vino blanco se dedicó a mirar la carta y todo fue bien durante cinco minutos.

Pero entonces Jake entró en el café.

Capítulo 3

El corazón de Mattie latía como si quisiera salirse de su pecho. Jake iba vestido de negro y su pelo estaba despeinado por el viento cuando se acercó a la barra. Con los hombros erguidos y las piernas un poco separadas tenía un aspecto tan atractivo…

No sabía si la había visto, pero solo podía tardar unos segundos en hacerlo. Y aunque se le ocurriera una explicación plausible, seguramente Jake se daría cuenta de que le había mentido.

Qué vergüenza.

Cuando él giró la cabeza para mirar alrededor Mattie bajó la suya, esperando que el pelo escondiera su cara. Tal vez podría fingir que no lo había visto…

Un segundo después unos pasos masculinos resonaban sobre el suelo de cemento y se detenían al lado de su mesa. Conteniendo el aliento, Mattie levantó la cara y… allí estaba. Como había temido.

¿Qué podía decirle? Sería patético inventar una absurda excusa. No sabía por qué, pero estaba segura de que Jake se daría cuenta de que no era verdad.

Pero entonces él le ofreció su mano con una sonrisa en los labios, como si no se conocieran.

—Hola, me llamo Jake Devlin. ¿Te importa si me siento contigo?

—Pues…

—Venga. Si me dices que no, me obligarás a ligar contigo de la manera habitual.

—¿Y cuál es la manera habitual?

—Tan horrible que no te lo puedes ni imaginar.

La confesión iba acompañada de una sonrisa tan irresistible que Mattie se derritió. Sospechaba que Jake se había dado cuenta de que le había mentido, pero daba igual. Se lo estaba poniendo fácil y ella estaba encantada.

—Puede sentarse, señor Devlin.

—Gracias —Jake apartó una silla y se sentó frente a ella.

—¿Cómo está? Me llamo Matilda Carey.

—Encantado de conocerte. ¿Tus amigos te llaman Mattie?

—Sí, en general sí —rió ella—. Aunque a veces también me

llaman Santa Matilda.

—¿Porque cuidas de los demás?

—Me temo que sí.

—A ver si lo adivino: seguro que eres de las que cuidan de sus abuelitas.

—Pues sí —rió ella, mirando la carta—. Creo que voy a tomar una sopa de pollo con verduras.

—Yo prefiero un filete —Jake le hizo un gesto a la camarera para que se acercase—. Y una cerveza. ¿Quieres otra copa de vino, Mattie?

—No, gracias.

La camarera se alejó después de anotar el pedido y Jake se inclinó hacia delante.

—En serio, he estado pensando en lo que hiciste por tu abuela. Pasar dos años cuidando de ella es algo que no haría todo el mundo.

Mattie tomó un sorbo de vino para disimular su sorpresa.

—Era lo que debía hacer.

—¿Fue un gran sacrificio para ti?

—No, qué va, mi abuela siempre fue una persona encantadora y agradecía mucho mi compañía. Además, nunca se quejaba de nada.

—¿Estaba muy enferma?

—Tenía un problema de corazón, así que se cansaba mucho y no podía cuidar de la casa, pero yo la ayudaba encantada.

—¿Qué crees que habría pasado si no hubieras cuidado de ella?

—Seguramente habría tenido que ir a una residencia —suspiró Mattie—. Mis padres tenían una ferretería y estaban demasiado ocupados como para cuidar de ella.

—Pues tuvo suerte de que tú te hicieras cargo.

—Se lo debía porque, cuando era pequeña, mi abuela cuidó de mí cuando tuve el sarampión, las paperas… ya sabes. Mi madre estaba ocupada en la ferretería.

Jake arrugó el ceño mientras jugaba con el salero y el pimentero que había sobre la mesa.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

Él dejó escapar un largo suspiro.

—Nada, que estás confirmando mis miedos.

—¿A qué te refieres?

Jake apoyó la barbilla en una mano y, de repente, sin darse cuenta, empezó a hablarle de su amigo Roy, que estaba en una

residencia de ancianos. Cuando le contó lo fuerte y grande que había sido y lo pequeño y frágil que parecía ahora, Mattie se dio cuenta de que sentía verdadero cariño por él.

—Mis padres y yo le hemos defraudado. Deberíamos hacer algo más por él.

Por impulso, Mattie apretó su mano, pero Jake se puso tenso.

—Parece que visitas a Roy siempre que tienes oportunidad, ¿no? No puedes hacer mucho más si estás trabajando en Mongolia, pero estoy segura de que tus visitas significan mucho para él.

Cuando vio que sus ojos oscuros estaban ligeramente empañados… algo se movió dentro de ella, casi como si una llave hubiese dado la vuelta en una cerradura.

Oh, no.

Mattie había intentado que no le gustase Jake Devlin, pero ahora temía que le gustase demasiado.

¿Estaría enamorándose de él?

No, qué tontería. ¿Cómo iba a enamorarse de Jake? Apenas lo conocía. Además, había decidido no volver a enamorarse nunca. Y menos en aquel momento.

—¿Has llevado a Roy contigo al cine?

—No —Jake sacudió la cabeza, como enfadado consigo mismo —. Ni siquiera se me ocurrió. ¿Cómo puedo ser tan egoísta? A Roy le habría encantado ir a ver una película. Era una de aventuras y a él le encantan…

—Siempre puedes llevarlo mañana —sugirió Mattie.

—Sí, claro. Es mi último día en Sidney, pero tienes razón.

—En realidad, si a Roy le gusta el campo tal vez preferiría estar al aire libre. Podrías llevarlo a dar un paseo en el ferry. ¿Crees que podría aguantar el viaje?

—Sí, creo que sí —sonrió él—. Y es una idea estupenda. Muchas gracias.

La camarera llegó entonces con la cerveza y Mattie no pudo evitar fijarse en el movimiento de su nuez mientras tomaba un trago. Todo en él era tan masculino, tan *sexy*… Había empezado a pensar que nunca conocería a un hombre tan atractivo.

Aparte de su exnovio, los chicos con los que había salido siempre eran del pueblo y los conocía desde niños, de modo que habían ido juntos a la catequesis, a nadar al río… no había ningún misterio.

Jake Devlin, por otro lado, era un hombre rodeado de misterio.

Jake vio que Mattie se ponía colorada y empezó a angustiarse. Sus razones para entrar en el café aún no estaban muy claras del todo, pero seguramente había querido pedirle consejo sobre Roy. Una cosa era cierta: no estaba allí porque le gustase su nuevo corte de pelo.

No, no. Él no estaba interesado en Mattie como mujer.

Ni siquiera era su tipo. Mattie era bajita, seria, una chica normal. Bueno, tal vez no tan normal, pero desde luego era bajita.

El calor que había sentido cuando tocó su mano había sido… por la sorpresa. A él no le gustaba Mattie.

Por otro lado, no quería preguntarse por qué había roto con su última acompañante, Ange, o por qué se levantaba temprano para hacer el desayuno. O por qué le había preguntado si quería ir al cine con él.

Su comportamiento no tenía sentido y Mattie estaba enviándole mensajes confusos. Era como si estuviera intentando impresionarlo y evitarlo al mismo tiempo. Y, como un tonto, él la había seguido hasta el café. Él, que no estaba acostumbrado a seguir a las mujeres, se había convencido a sí mismo de que Mattie podría aconsejarlo sobre Roy. Esa era la única razón por la que había entrado en el café, ¿no?

Ojalá estuviera más seguro. Pero fue un alivio cuando llegó la comida y pudo concentrarse en otra cosa.

Mientras Mattie tomaba su sopa, Jake se encontró a sí mismo observándola usar los palillos. Sus manos eran pálidas y delicadas, seguramente las más bonitas que había visto nunca. La imaginó con un pincel en la mano mientras hacía sus dibujos y pensó luego en cómo lo había tocado unos minutos antes…

—¿Cómo es la comida de Mongolia?

Él parpadeó, intentando concentrarse.

—Pues… ¿la comida local o lo que comemos en la mina?

—Las dos cosas.

—Nuestro cocinero sirve comida occidental, pero los mongoles suelen comer cordero. Mucho cordero, incluso se comen la grasa. No es un sitio para vegetarianos.

Mattie arrugó la nariz.

—No sé si me gustaría —murmuró—. ¿Vivís en barracas o en tiendas de campaña?

—Yo tengo una tienda. La llaman *ger*.

—Suena un poco… primitivo.

—La verdad es que no está mal. Las paredes están hechas de capas de felpa y resulta muy agradable. En invierno tenemos una estufa y en verano levantamos la tela para que se ventile.

—Es un mundo muy diferente, ¿no?

—Esa es parte de la atracción. Claro que yo crecí en una zona muy remota, así que supongo que es más fácil para mí.

—¿Por qué trabajas allí? —sonrió Mattie.

Le habían hecho esa pregunta muchas veces pero, de repente, le gustaría tener motivos más elevados. Aunque no tenía sentido fingir que era un ejemplo para nadie.

—Me gusta ir de un lado a otro y ese trabajo me ofrecía la oportunidad de ver una parte diferente del mundo. Aunque lo más importante es que pagan muy bien.

Había esperado ver desaprobación en sus ojos y, sin embargo, lo que hizo fue sonreír.

—Y así, cuando estás de permiso puedes irte de juerga.

—Más o menos.

El hecho de que hubiera estado «de juerga» con Ange cuando Mattie apareció en el apartamento era algo en lo que no quería pensar en aquel momento.

—Háblame de esos dibujos tuyos.

Mattie hizo un gesto con la mano.

—Son ilustraciones para un cuento.

—Ah, ya. ¿Y también piensas escribir la historia?

—Sí, claro.

—¿Te han publicado algún cuento?

—Sí, por el momento tres.

—¿En serio? —exclamó Jake, sorprendido—. Eso es genial. Nunca había conocido a una autora.

—La mayoría de la gente no me ve como una autora de verdad. Piensan que escribir cuentos para niños es algo facilísimo.

—¿Cómo va a ser fácil cuando tienes que crearlos con tu imaginación? Y tú no solo escribes las historias, también haces las ilustraciones. ¿No son los niños los más duros críticos?

—Sí, desde luego —asintió Mattie, complacida con su entusiasmo.

—¿De qué van tus historias?

—No creo que te interesen —rió ella.

—Prueba a ver.

—Bueno, pero no te rías.

—No me reiré.

—Sobre una niña que se llama Molly —Mattie dejó los palillos sobre el cuenco de sopa y se cruzo de brazos.

—Y…

—Molly es en realidad una especie de hada y cuando sus padres no la ven se mete en todo tipo de aventuras. Va por ahí haciendo buenas obras y grandes actos de heroísmo.

Como su creadora, pensó Jake, intentando disimular una sonrisa.

—¿Lo ves? Sabía que te reirías.

—No me estoy riendo. No, en serio, estoy impresionado. Y seguro que las historias de Molly son muy populares entre los niños.

—Parece que sí —Mattie levantó los ojos al cielo, como si quisiera cambiar de tema.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio a tomar algo?

—¿No tienes otros planes?

Sus ojos se encontraron y Jake tuvo la impresión de que iba a declinar la invitación. Lo cual sería sensato, ¿no? Ir juntos a tomar algo parecía ser otro paso en una dirección completamente equivocada.

Pero antes de que pudiese retirar la invitación, Mattie respondió:

—Me parece bien —su sonrisa se amplió, mostrando un hoyuelo en la mejilla—. ¿Tu casa o la mía?

Jake le devolvió la sonrisa. Estaba, inteligentemente, devolviéndolos al camino correcto, como compañeros de piso.

—Mi casa entonces. Está muy cerca, a la vuelta de la esquina.

Cuando llegaron al apartamento, *Brutus* parecía tan contento de ver a Jake como de verla a ella y Jake rió mientras acariciaba al perrillo detrás de las orejas.

Mattie se ofreció entonces a hacer café y no le sorprendió cuando Jake anunció que tal vez saldría un rato después de todo. No le sorprendió, pero sí la desilusionó, lo cual era absurdo.

—Que lo pases bien.

—Lo mismo digo.

—Y si sales con Roy mañana, espero que hagáis algo divertido.

—Lo intentaré.

Mattie se apartó el pelo de la cara, colocándose un mechón tras la oreja, y Jake se quedó como transfigurado…

La miraba con tal intensidad que no podía respirar. Ella nunca se había mareado mirando a un hombre, pero estaba segura de que,

si Jake la hubiese tocado en ese momento, se le habrían doblado las piernas.

Pero él se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Querrías venir?

—¿Qué?

¿Qué le estaba preguntando? ¿Quería que saliese con él esa noche?

—¿Querrías venir con Roy y conmigo mañana? —le aclaró Jake.

Fue como un jarro de agua fría. Ahora sabía sin la menor duda que no la había seguido hasta el café porque le gustase su corte de pelo o su blusa de seda. No había compartido mesa con ella porque la encontrase atractiva.

Y no estaba interesado en salir con ella esa noche. La triste realidad era que Jake, como casi todo el mundo en su vida, necesitaba ayuda. Tarde o temprano, todos acababan pidiéndole ayuda para algo, pero esa vez debía decir que no.

—No, lo siento.

—No me digas que tienes una cita. ¿Qué es esta vez, la manicura?

Mattie se miró las manos.

—No, no es eso. Es que tengo que trabajar en mi libro.

—¿No podrías dejarlo por un día?

En sus ojos oscuros había un brillo de sinceridad, pero Mattie no quería decir que sí. Después de cenar con él estaba más nerviosa que nunca. Si pasaba todo un día con él caería bajo su hechizo y no era sensato. Peor que eso, era ridículo y peligroso.

Había tenido una relación a larga distancia y aún le dolía cuando recordaba esos tres años, de modo que no quería embarcarse en otra relación así, especialmente ahora que estaba a punto de quedarse embarazada.

—Sería una pena que no vinieras —insistió Jake—. A Roy le encantaría conocerte.

Cuando mencionó a Roy, la resolución de Mattie se debilitó. Pobre hombre. ¿Estaría haciendo una montaña de un grano de arena? Jake solo estaba pidiéndole ayuda para que un anciano pasara unas horas agradables. ¿Por qué estaba viendo un romance en eso?

Y, después de todo, ayudar a la gente era lo que ella hacía mejor.

—Muy bien —dijo por fin—. Iré con vosotros.

En cuanto Jake se marchó, Mattie sacó su cuaderno y empezó a hacer otra ilustración. Quería dibujar a Molly frente a la ventana de su dormitorio, mirando las luces de la ciudad; una ciudad llena de gente que necesitaba su ayuda: una niña enferma, una anciana solitaria, un gatito perdido.

Mattie sabía perfectamente cómo iba a ser la ilustración, pero esa noche no podía concentrarse. No podía entrar en «su zona», ese espacio creativo y feliz que solía apartarla del resto del mundo.

Aquella noche no podía dejar de pensar en Jake Devlin, en cómo la había mirado mientras se apartaba el pelo de la cara. Estaba segura de que nunca olvidaría la conexión que había sentido en ese momento.

Pero, aunque hubiese habido una momentánea conexión. Mattie había aprendido a no confiar en sus propios sentimientos.

Se había enamorado de un chico del instituto, pero solo duró un año… antes de que él la dejase plantada. Le había costado mucho tiempo olvidar eso y, en los años que siguieron, había salido con algún chico del pueblo, pero no tuvo ninguna relación especial.

Hasta que Pete llegó a Willowbank.

Pete, de Perth, tenía una sonrisa preciosa y, cuando entró en la ferretería de sus padres, Mattie se enamoró locamente. Tanto que cuando volvió a Perth había ido a verlo a menudo. Una vez al mes, durante siete meses. Y Pete la ayudaba a pagar el billete de avión. Entonces se había sentido aventurera, sofisticada. Y necesitada.

Pete le había prometido el mundo entero… bueno, no el mundo entero, pero sí un anillo de diamantes, una boda, una casa en las afueras y dos hijos, que era todo lo que Mattie había querido siempre. Pero entonces, un día. Pete la llamó desde Perth y Mattie notó algo raro en su voz.

Algo había pasado.

Cuando le dijo que seguir pagando el billete de avión le resultaba demasiado caro había sido muy fácil sumar dos y dos, pero Mattie tuvo miedo de hacer la pregunta crucial. No quería saber la respuesta.

Hasta que por fin, un día. Pete le envió un mensaje de texto:

Lo siento, pero debo echarme atrás sobre la boda. No eres tú, cariño, soy yo.

Cuando lo llamó por teléfono, asustada, escuchó la verdad que

tanto había temido. Sí, había conocido a otra persona y su relación había terminado. Además, como remate, le pidió que le devolviese el anillo de compromiso por correo.

Eso había sido tres años antes.

Pete le había roto el corazón y se sentía como una idiota por haberse enamorado de un hombre tan cobarde como para romper la relación con un mensaje de texto.

Y la avergonzaba que todo el mundo en Willowbank supiera lo de sus planes de boda. Todo el mundo, desde al alcalde al aprendiz de carnicero, el pueblo entero sabía que la habían dejado plantada. Además, había perdido la fe en los hombres, en sí misma y en esa tontería romántica que insistían en llamar amor.

Por supuesto, sus amigos habían intentado convencerla de que no debía verlo como un fracaso. Ah, qué fácil decir eso. Ellos no habían estado a punto del «vivieron felices y comieron perdices» para luego ser descartados por teléfono.

De modo que, en su opinión, era perfectamente razonable haber abandonado sus tontos sueños de un marido y una familia feliz, totalmente lógico no haber tenido un novio desde entonces. Era más seguro cuidar de la gente que la quería y encontrar incontables maneras de ser útil que arriesgarse a que volvieran a romperle el corazón.

A la mañana siguiente, sin embargo, Mattie se alegró de haber aceptado salir con Jake y Roy porque en cuanto vio los brillantes ojos azules del anciano le cayó bien. Estaba muy delgado, pero sus piernas seguían siendo fuertes, trabajadas durante años montando a caballo.

—Debías de estar deseando salir de la residencia —rió Jake—. Has salido por la puerta como un caballo del cajón antes de una carrera.

—No quería perder un minuto —sonrió el hombre, tan contento como un niño en una excursión—. Pero las enfermeras se han puesto muy pesadas, dicen que solo puedo estar fuera dos horas.

—¿Qué pasaría si no volvieras en dos horas? ¿Te convertirías en una calabaza?

—Más bien en el príncipe azul —sonrió Roy.

El hombre tenía dificultades para caminar y Mattie le ofreció su brazo para entrar en el coche.

—Gracias, guapa —murmuró el anciano—. ¿Cómo es posible que un canalla como tú haya encontrado una chica tan estupenda?

Mattie contuvo el aliento, esperando la respuesta.

—Mattie y yo nos hemos conocido a través de un amigo común. Uno de mis compañeros en Mongolia es del mismo pueblo que ella.

—¿Y cuál es ese pueblo? —preguntó Roy.

—Un sitio que se llama Willowbank, al oeste de las montañas Blue.

—Ah, así que eres una chica de campo.

—Desde luego.

—Ah, lo sabía —sonrió el anciano.

—Mattie y yo habíamos planeado un viaje en ferry, pero si solo tienes dos horas no creo que nos dé tiempo. ¿Qué te apetece hacer?

Roy miraba las calles de la ciudad por la ventanilla del coche con expresión pesarosa.

—¿Hay un parque por aquí cerca? Un sitio donde haya árboles y un poco de hierba.

—Sí, claro —sonrió Jake—. Seguro que hay alguno por aquí.

—O podríamos ir al jardín botánico —sugirió Mattie.

Pero tuvieron suerte y pronto encontraron un parque. El anciano miró las mesas de merienda con sus bancos, los árboles cuidadosamente podados, el lago artificial donde las mamas ayudaban a los niños a tirar pan a los patos. Luego levantó la cabeza para mirar el cielo y dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Qué te parece? —sonrió Jake.

—Es bonito —dijo Roy.

Mattie notó la tristeza que había en sus ojos y se le hizo un nudo en la garganta.

—Pero no es lo que tú esperabas, ¿verdad? —le pregunto Jake entonces.

—Todo está tan… limpio, tan recortado. Parece de mentira.

—Tú querrías ver el campo de verdad —intentó sonreír Mattie —. Unos árboles llenos de hojas y hierba hasta la cintura.

—Sí, claro que sí.

—Y te gustaría oler los eucaliptos.

Roy asintió.

—Y hacer una hoguera.

—No te dejes llevar, Mattie —le advirtió Jake—. No podemos hacer una hoguera aquí.

Pero ella ya estaba dándole vueltas a la cabeza. Aquélla era su

situación ideal: encontrar a alguien que la necesitara y descubrir la forma de ayudarlo. El impulso había nacido en ella cuando era muy pequeña, anticipando cualquier cosa que su madre pudiera necesitar sin que se lo pidiera; por ejemplo, saber si debía recoger judías o guisantes del huerto.

—Es como si leyeras mis pensamientos —solía bromear, abrazándola, haciendo que se sintiera segura y protegida.

—Voy a ver si encuentro algún eucalipto —murmuró Mattie ahora—. Vosotros sentaos un momento, vuelvo enseguida.

Afortunadamente, por el camino que rodeaba el lago artificial encontró un grupo de eucaliptos y pronto volvió con los brazos llenos de ramas y hojas.

—Se han secado, pero siguen oliendo de maravilla —sonrió, dejando su carga sobre una de las mesas.

Con manos temblorosas, Roy aplastó una hoja entre los dedos antes de llevársela a la nariz.

—Perfecto —murmuró.

—Están muy cerca de aquí —dijo Mattie—. Y podemos hacernos un té de eucalipto, si te parece.

—No podemos hacer una hoguera en el parque —protestó Jake.

Mattie puso una mano en su brazo… un gran error porque sintió una descarga eléctrica y tuvo que apartar la mano enseguida.

—Ya sé que no podemos hacer una hoguera —empezó a decir, tragando saliva—. Pero sí podemos hacer un té en casa. Y podemos removerlo con una rama de eucalipto. Sería muy parecido a como lo hacías en el campo, ¿verdad, Roy?

El hombre asintió con la cabeza un poco sorprendido.

—Pero en casa no tenemos un hornillo de gas —seguía protestando Jake.

—Podemos parar en una tienda para comprar uno. Son muy baratos.

Él sacudía la cabeza, pero su mirada era tan cálida que Mattie sintió que la calentaba de la cabeza a los pies.

Capítulo 4

Jake tenía que admitirlo: Mattie había conseguido que las dos horas de Roy fuesen perfectas. El hombre estaba contento sentado en el jardín, con *Brutus* sobre las rodillas, mientras él hacía un té de eucalipto en el hornillo de gas que habían comprado y que tomaron con pasteles.

—La próxima vez haremos una auténtica merienda campestre —había dicho Mattie.

Jake habría querido decirle que no debía preocuparse por Roy, que el anciano era su responsabilidad, pero estaba seguro de que ella no le haría ningún caso.

Parecía haber tomado a Roy bajo su ala como había hecho con *Brutus* y con su abuela. Y, sin la menor duda, con mucha otra gente.

Estaba claro que Mattie Carey hacía lo que tuviera que hacer para ayudar a los demás, para hacerlos felices; sencillamente, era así. Pero Jake se preguntó cuánta gente la ayudaría a ella.

Cuando Roy volvió a la residencia parecía otro hombre. Caminaba con más confianza y sonreía de oreja a oreja. Incluso podría haber jurado que tenía mejor color de cara.

Pero, al mismo tiempo, se dio cuenta de que no era el único que había cambiado gracias a los esfuerzos de Mattie porque también él se sentía diferente. Aquella mañana, dando vueltas por la ciudad en el coche de Mattie para buscar una tienda en la que comprar un hornillo de gas, se había sentido más relajado que en mucho tiempo. Y también más optimista, menos cínico y menos egoísta.

Le gustaba la persona que era cuando estaba con Mattie y empezaba a pensar que, si tuviera más tiempo, querría conocerla mejor. Aunque él no tenía por costumbre forjar amistad con una mujer.

Su trabajo en Mongolia era agotador y los permisos tan cortos que solía dedicar sus vacaciones a conquistar mujeres guapas. Nunca había tenido una verdadera amistad con una mujer… pero debía reconocer que Mattie era diferente.

—Ha sido divertido, ¿verdad? —sonrió ella, dejando escapar un suspiro mientras volvían a casa—. Roy es un encanto.

—Se pondría colorado como un tomate si te oyera decir eso —sonrió Jake—. Que yo recuerde, siempre ha sido muy tímido con las mujeres.

—Los hombres del campo suelen serlo. Menos tú, claro.

—Menos yo —rió Jake—. A Roy le has caído muy bien.

—Quien le cae bien de verdad eres tú.

—Sí, bueno… supongo que me ve como al hijo que no ha tenido nunca.

—Eso está bien —murmuró Mattie.

Estaba seria, como pensando en algo muy personal, y Jake se preguntó si habría dicho algo que la hubiera molestado. Solo había dicho que Roy lo veía como al hijo que no había tenido nunca… ¿por qué esa frase había lanzado a Mattie a tan profunda contemplación?

Entonces se dio cuenta, sorprendido, de que le interesaba. Quería su compañía. La deseaba a ella.

Esa era la verdad.

Sin flirtear una sola vez, sin apenas prestarle atención. Mattie había logrado conquistarlo. No era su tipo y, sin embargo, se sentía atraído por ella. Locamente atraído.

Y quería saber más cosas sobre su vida. Querría saberlo todo si tuviera tiempo.

—¿Siempre te has dedicado a ayudar a la gente?

—Me temo que sí —sonrió Mattie.

—Debería haber dicho gente y animales.

—Bueno, sí… seguramente empezó con los gatitos.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo fue eso?

—Cuando tenía diez años. Un día fui a nadar al río con mi pandilla y encontré una bolsa en la que había varios gatitos medio ahogados. Alguien debía de haberla tirado justo antes de que llegásemos… fue horrible.

Jake imaginó a una Mattie de diez años, sus ojos azules llenos de horror…

—Fui corriendo a mi casa —siguió ella—. Mis padres estaban en la ferretería, así que organicé a mis amigos para secar a los gatitos con toallas. Les dimos trocitos de sardinas y leche… y luego los escondí en mi armario.

—Pero no podrían estar allí mucho tiempo.

—No, no, al día siguiente los coloqué en la cesta de mi bicicleta y fui por todo el pueblo preguntando a la gente si querían adoptar a

alguno. Creo que visité todas las casas de Willowbank y Nardoo.

—¿Y encontraste familias para los gatitos?

—Para todos —sonrió Mattie.

Jake tuvo que sonreír también. Debería haberlo imaginado.

—Bueno, ¿qué tienes planeado para el resto del día?

—Pues… no sé, debería seguir con mi libro.

—Pero preferirías no hacerlo —sonrió él—. Preferirías ir al cine conmigo, ¿verdad?

Mattie no contestó inmediatamente, pero eso no lo desanimó.

—Podría invitarte a comer también. Hay un café muy agradable al lado del cine.

Ella levantó la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—No sé si voy a poder resistirme.

—Yo soy un hombre muy persuasivo, ¿no te habías dado cuenta?

Sin dejar de sonreír. Mattie sacudió la cabeza.

—Pero no sería una cita, ¿verdad? —le preguntó entonces, poniéndose seria.

Jake, que acababa de frenar en un semáforo, se giró hacia ella.

—Solo quiero darte las gracias por lo amable que has sido con Roy. ¿Pero sería tan terrible que fuera una cita? —le preguntó, sorprendiéndose a sí mismo.

—Imagino que a Ange se lo parecería.

Al principio Jake pensó que estaba de broma. ¿Qué tenía que ver Ange? Ella ya no era más que un recuerdo, otro nombre para añadir a la lista de nombres de mujeres con las que había salido.

Mattie, sin embargo, parecía desconcertada.

—No te preocupes por Ange.

—¿Has roto con ella?

—En realidad, no era mi novia —contestó Jake, incómodo.

Mattie abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego pareció cambiar de opinión.

—Bueno, ¿qué película habías pensado ver?

Aliviado, Jake nombró una película romántica que habían estrenado esa semana. Normalmente él no iba a ver películas románticas, pero estaba seguro de que a Mattie le gustaría. A la mayoría de las chicas les gustaban y era lo mínimo que podía hacer por ella después de lo bien que se había portado.

Pero, para su sorpresa. Mattie arrugó la nariz.

—¿De verdad quieres ver una comedia romántica? Yo prefiero

una de acción o una de suspense.

Jake estaba absolutamente seguro de que solo lo decía por complacerlo a él, pero esa vez no pensaba discutir.

Mattie estaba sentada en la oscura sala, intentando concentrarse en lo que ocurría en la pantalla. Era una de esas complicadas películas de espías donde uno debía estar atento a todo lo que pasaba para no perder detalle, pero la oscuridad y la proximidad de Jake parecían conspirar contra ella.

Era como si hubiera recibido una sobredosis de hormonas. ¿Cómo iba a permanecer inmóvil durante casi dos horas cuando Jake Devlin estaba tan cerca?

Le daba pánico ponerse en ridículo o romper la burbuja de felicidad que parecía envolverlos desde esa mañana. Lo había pasado tan bien con Jake y con Roy…

Pero ahora, sus ardientes pensamientos hacían imposible que se relajara. No podía dejar de mirarlo de soslayo… era guapísimo. Y se sentía profundamente atraída por él.

Ahí estaba, lo había admitido. Fuera sensato o no, eso era lo que pasaba.

Mattie se permitió imaginar cómo sería trazar su perfil con los labios, besar su frente, su mentón y luego, por fin, su boca.

Pero estaba dejándose llevar, pensó, intentando concentrarse en la pantalla. Le había dicho que no quería ver una película romántica aunque no era cierto. Le encantaban, pero sabía que los hombres preferían las películas de acción…

En aquel momento hubo una explosión en la pantalla y Mattie dejó escapar un grito de sorpresa. Jake apretó su mano, sonriendo.

—Solo es una película.

—Ya…

En la pantalla había un incendio y ella sentía otro en su interior. El aliento de Jake quemaba su cuello; sus brazos se rozaban y le parecía que ardía desde el codo hasta los dedos.

Nunca se había sentido tan excitada por un hombre.

Un suspiro escapó de su garganta, pero sonó como un gemido y, avergonzada, notó que le ardían las mejillas.

Menos mal que estaban a oscuras.

Jake seguía apretando la mano de Mattie cuando salieron del cine. Los dos parpadearon al encontrarse con la luz del día después de la oscuridad y Mattie rezó para que no le preguntase por el argumento porque durante la segunda parte de la película había sido incapaz de concentrarse en nada más que en el roce de sus dedos.

—¿Qué te ha parecido?

—Ha estado bien —contestó ella, nerviosa.

—¿Quieres que nos vayamos a casa?

¿A casa? ¿Sería un código que significaba algo muy diferente? Jake no había soltado su mano y Mattie tenía la impresión de que algo había cambiado entre ellos desde que salieron de casa por la mañana. Además, aquélla sería su última noche juntos porque Jake volvía a Mongolia al día siguiente.

—Sí, muy bien —contestó. Aunque seguramente habría contestado lo mismo si le hubiera preguntado si quería cruzar el puerto de Sidney a nado.

Mientras volvían a casa no podía dejar de preguntarse cuáles eran las intenciones de Jake. Estaba sorprendida por la atracción que sentía por él y se llevaría una tremenda desilusión si no quisiera hacer el amor con ella en cuanto entrasen en el apartamento.

Mattie pensó brevemente en sus planes de quedarse embarazada para darle un hijo a su amiga Gina… pero aún faltaban quince días para eso y Jake solo estaría allí esa noche. Y en aquel momento solo podía pensar en él. Quería dejar de ser tan cauta y soltarse el pelo.

Mientras subían los escalones del porche, la tensión sexual que había entre ellos era casi palpable, pero Mattie no se atrevió a decir una palabra.

Brutus empezó a saltar a su alrededor en cuanto abrieron la puerta y después salió corriendo al jardín, sin percatarse de las tribulaciones de su dueña.

Mattie se dejó caer sobre un sillón y Jake dejó las llaves sobre la mesa. Se miraron. La mirada de Jake era intensa y, sin embargo, muy cálida.

—Mattie…

—Sí.

Jake sonrió.

—Eso parece una respuesta.

—Creo que lo es.

Él respiró profundamente, pero no dijo nada.

Mattie sabía que estaba esperando. Pero aquél era el momento y, valientemente, le dijo:

—Pensé que estabas preguntando… si me gustaría que me besaras.

Antes de que pudiera decir nada más, Jake dio un paso adelante y, emitiendo una especie de gruñido, tiró de ella para levantarla del sillón antes de besarla.

¡Y cómo la besaba!

Sus labios ardían y Mattie se entregó al beso como no lo había hecho nunca. Un segundo después, iban por el pasillo riendo, sin dejar de besarse, un poco nerviosos por lo que estaba pasando.

Pero cuando llegaron a la puerta del dormitorio, Mattie se detuvo.

—No, aquí no —le dijo. No quería hacerlo en las mismas sábanas que Ange—. En mi habitación.

Jake la tomó en brazos y, unos segundos después, cayeron sobre la cama juntos, riendo, acariciándose.

Cuando le quitó la camiseta y dejó escapar una exclamación de sorpresa, Mattie se vio obligada a confesar su debilidad por la ropa interior de fantasía. Pero no le contó que había seguido con la tradición aunque durante tres años no había habido nadie que pudiese admirarla.

—Me alegro mucho de que tengas un vicio —rió Jake, tocándola por encima del sujetador—. Es una debilidad que nunca, nunca deberías abandonar.

Mattie estaba asombrada de lo desinhibida que se sentía con él, como si estando con Jake estuviera en su elemento natural.

Le encantaba hacer el amor con él; le encantaba su olor, cómo la besaba… a veces con ternura, a veces fieramente.

Siempre parecía saber lo que necesitaba, incluso antes de que lo supiera ella. Y cuando estaban llegando al punto sin retorno, solo le preocupó una cosa: si Jake no estaba preparado tendría que decirle que parase porque ella no tomaba nada.

Pero no debería haberse preocupado. Jake tenía preservativos y, como ella, no quería correr ningún riesgo.

Más tarde, cuando los últimos rayos del sol entraban por la ventana, Jake tomó la mano de Mattie para llevársela a los labios.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes unas manos preciosas?

Ella rió, sorprendida.

—No.

—Lo son, mira qué pequeñitas.

Pero Mattie estaba mirando las grandes manos de Jake, su piel bronceada, los dedos largos… y tembló al recordar lo íntimamente que la habían tocado esas manos.

—A mí me gustan más las tuyas.

—No, no —protestó Jake—. Las tuyas son preciosas. Me las podría comer.

Cuando empezó a mordisquear sus dedos, Mattie soltó una carcajada.

—Supongo que debería cuidármelas más —murmuró—. Mi amiga Gina solía ponerse crema y unos guantes especiales cada noche.

—Guantes en la cama no, por favor —rió Jake.

—Tú no lo sabrás porque no vas a estar aquí. Estarás en Mongolia durante los próximos seis meses.

—Pero estoy aquí ahora —sonrió él, inclinándose para buscar sus labios—. Aprovéchate de mí todo lo que quieras.

—No te preocupes, pienso hacerlo.

La tarde mágica se convirtió en una noche mágica. Cuando la habitación se había llenado de sombras Mattie y Jake se dieron cuenta de que tenían hambre, de modo que fueron a la cocina y decidieron hacer una pasta usando los ingredientes que hubiese en la nevera.

Con música de rock de fondo, cortaron las verduras y el beicon, riendo y besándose en los momentos más inesperados.

La cena les salió sorprendentemente bien en esas circunstancias y, además, encontraron una botella de vino en la despensa. Luego, sabiendo que tenían toda la noche por delante, salieron con *Brutus* a dar un paseo.

El viento los empujaba mientras caminaban de la mano, robándose besos y compartiendo bromas, sonriendo tontamente y sintiéndose felices bajo la luz de la luna.

Pero por la mañana, al recordar lo que había pasado, Jake se dio cuenta de que se habían comportado como dos amantes. Como los

amantes de una historia idílica con un final feliz. En absoluto como una pareja que se había encontrado una noche y que casi con toda seguridad no volvería a verse.

Era un descubrimiento preocupante.

Cuando despertó, al lado de Mattie, tuvo que resistir la tentación de acariciar aquel cuerpo tan deseable. La noche anterior había sido… única. Pero ahora tenía que aclarar sus pensamientos, descubrir qué era exactamente lo que había pasado entre Mattie Carey y él. ¿Habría cometido un terrible error?

Su reacción normal después de acostarse con una mujer era sentirse contento, triunfador casi. Pero la noche anterior había experimentado algo más y esa mañana se sentía… extraño.

Hacer el amor con ella había sido maravilloso, pero la sensación de total felicidad que sintió después lo había pillado por sorpresa.

Estaba en la cama, con una mujer maravillosa entre sus brazos, y tenía la sorprendente intuición de que Matilda Carey era la mujer perfecta para él.

La experiencia era totalmente nueva y casi le daba miedo. Nunca se había sentido tan cerca de una mujer desde…

Durante un segundo volvió a ser un niño, mirando desde la puerta de la habitación de su madre asustado, y solo. Sin entender nada…

No, no podía pensar en eso o en los años que siguieron, cuando su madre lo apartó de su vida. Jake nunca pensaba en ello.

Lo importante ahora era qué hacer con su deseo de quedarse con Mattie, de protegerla.

¿Protegerla de qué?

Aparentemente, quería protegerla de todo, lo cual era completamente absurdo. En otra ocasión se habría ido a hacer surf o llamaría a algún amigo para tomar unas cervezas, cualquier cosa para evitar sentirse atado a una mujer.

Aquel día se marcharía de Sidney y sabía que debía olvidar la conexión que sentía con Mattie. No había planeado empezar una relación… no tenía sentido porque no podía prometerle nada y esperaba que ella lo entendiera.

Pero no era fácil pensar en eso mientras estaba allí, tumbado a su lado.

Con cuidado para no despertarla, Jake se levantó de la cama y fue a la cocina, donde *Brutus* esperaba dando saltos. Sonriendo, abrió la puerta para que el perrillo saliera al jardín, quitó la tela

que tapaba la jaula de *Pavarotti* y, mientras se hacía el café, fue al cuarto de baño a darse una ducha.

Desnudo bajo el agua pensó en su tedioso viaje de vuelta a Mongolia… el largo vuelo hasta Pekín seguido de otro a Ulán Bator y luego el viaje en camioneta hasta la mina.

Si era sincero consigo mismo, debía admitir que nunca le había molestado su vida allí. Aunque a veces se quejaba de las condiciones de vida en Mongolia, le gustaba el aislamiento del trabajo en la mina. Se llevaba bien con sus compañeros, con los que jugaba por las noches al póquer o al ajedrez, y también se había hecho amigo de algunos de los vecinos, gracias a lo cual conseguía montar a caballo al menos una vez por semana.

Y le gustaba el dinero que ganaba, por supuesto. Debido al auge de la minería y a la necesidad constante de vigilar los trabajos para que no provocaran un desastre en el entorno, cualquiera que tuviese titulación suficiente podía ganar una pequeña fortuna… si estaba dispuesto a pasar muchos meses en zonas perdidas del mundo como aquélla. Y Jake estaba más que dispuesto.

Sus ambiciones profesionales eran importantes para él, tal vez porque tenía algo que demostrar. Sí, era un cliché, pero había decidido rechazar la vida que sus padres tenían planeada para él desde un principio.

Su padre era un buen hombre, pero más bien frío. Y Jake se llevaba muy bien con su madre antes de que sufriera una depresión. Pero desde los nueve años lo habían dejado a cargo de una sucesión de niñeras o con Roy. Y luego llegó el internado.

Sus padres estaban muy ocupados con el rancho y entrenando caballos de carreras o haciendo fiestas, de modo que la suya había sido una infancia muy solitaria. Y jamás sintió que sus padres lo querían o lo necesitaban. Por eso había decidido elegir su propio camino.

Era importante para Jake demostrarles que había tenido éxito a su manera, fuera del rancho. Pero aquella mañana, al pensar que debía volver a Mongolia, se le encogía el corazón.

Iba a echar de menos a Mattie.

Pero sabía que no era hombre para ella.

Él no podía comprometerse y, si fuera una persona decente, se lo dejaría claro. Ahora, esa mañana, antes de irse, antes de que fuera demasiado tarde.

Estaba apoyado en la encimera de la cocina con una taza de café

en la mano cuando Mattie entró, llevando un albornoz blanco, descalza y con el cabello despeinado.

Tan guapa como la noche anterior… o tal vez más aún.

—Buenos días.

—Buenos días —sonrió Mattie—. Ah, ya veo que te has encargado de *Brutus* y *Pavarotti*. Gracias.

—De nada.

Jake la vio apartarse el pelo de la cara y se olvidó de sus buenas intenciones. Deseaba besarla, meter las manos bajo el albornoz para acariciar esa piel tan suave, la sedosa redondez de sus pechos.

En aquel momento lo único que deseaba era llevar a Mattie de vuelta a la cama. Podría pasarse toda la mañana besándola…

—Creo que debería ducharme.

—Sí, claro —murmuró él, decepcionado—. Y yo voy a… preparar el desayuno.

—¿No tienes que hacer la maleta?

—Tardo cinco minutos en guardar mis cosas.

—Haz lo que quieras, pero no te preocupes por mí. Ya te dije que solo tomo cereales en el desayuno.

—Sí, claro.

Mattie se aclaró la garganta.

—Bueno, voy a ducharme.

—Si necesitas ayuda…

Ella sonrió antes de salir de la cocina y Jake se quedó pensativo.

Nunca había disfrutado de «la mañana después» porque siempre intentaba dejar claro que no había ninguna esperanza de futuro. Había tenido un par de malas experiencias con mujeres que se habían mostrado exageradamente posesivas y seguramente debería alegrarse de que Mattie se lo pusiera tan fácil.

Debería alegrarse. Y se alegraba. Claro que se alegraba.

Capítulo 5

Mattie estaba secándose el pelo con una toalla cuando sonó el teléfono. Al entrar en la cocina comprobó que Jake ya había contestado y cuando se volvió, con una sonrisa en los labios, su corazón dio un vuelco.

Era tan guapo que le gustaría echarse en sus brazos, pero se marcharía aquel mismo día, de modo que debía hacerse la fuerte. Lo último que debía hacer era mostrarse absurdamente posesiva.

—Es para ti.

—¿Quién es?

—Tú amiga Gina.

—Ah, gracias —murmuró Mattie—. Hola, Gina.

—¿Qué tal la vida en Sidney?

—Estupenda.

—Seguro que sí —rió su amiga—. Si el hombre que ha contestado al teléfono es tan atractivo como su voz, debes de estar pasándolo de maravilla. Parece que no has tardado mucho en encontrar novio.

—Es Jake Devlin, un amigo de Will —dijo Mattie—. Trabaja en Mongolia con él.

—Ah, ya me acuerdo. Will mencionó a un amigo… por lo visto, bastante mujeriego. ¿Y estáis viviendo juntos?

Mattie miró por encima del hombro para ver si Jake estaba escuchando. Afortunadamente, estaba ocupado sirviéndose los huevos revueltos en un plato.

—Parece que Will se hizo un lío con las fechas, pero todo ha salido bien.

Desde el otro lado de la cocina Jake le hizo un gesto con la mano, indicando que iba a desayunar en la terraza, y Mattie asintió con la cabeza.

—¿Es guapo? —le preguntó Gina.

—Mucho.

—Y por lo que he oído, también es peligroso.

—No, no lo creo.

—¿No me digas que le has enamorado de él?

—No… no exactamente.

—Seguro que sí, te lo noto en la voz —dijo Gina, alarmada—. Estás loca por él y quieres casarte y tener niños y ya no quieres ser madre de alquiler.

—No digas tonterías. Pues claro que vamos a seguir adelante con lo que acordamos.

—¿De verdad? ¿Estás segura?

—Absolutamente segura. ¿Crees que te diría que no así, de repente?

—¿Y a Jake no le importará que estés embarazada?

—Él no lo sabrá, se marcha hoy mismo —suspiró Mattie.

—¿No le has contado lo que vas a hacer por nosotros?

—Quedamos en que sería un secreto entre los tres… bueno, entre los cuatro porque Will también lo sabe. ¿Por qué iba a contárselo a Jake?

—Tú sientes algo por él… ¿a que sí? —insistió Gina.

Mattie tragó saliva. No podía contestar a esa pregunta. Y tampoco quería decirle que se había acostado con un hombre al que había conocido unos días antes.

—Todo está… en el aire —horrorizada, Mattie notó que sus ojos se llenaban de lágrimas—. Gina, te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Lo siento, Mattie. Te he hecho llorar…

—No, no, no tiene nada que ver contigo. Pero te llamo mañana… o te envío un mensaje luego, te lo prometo.

Las lágrimas empezaron a rodar por su rostro mientras colgaba el teléfono. No podía creer que estuviera llorando como una tonta. ¿Y si Jake la veía?

Nerviosa, se lavó la cara en el grifo del fregadero y se la secó luego con un paño. Así estaba mejor, pensó, sacando unas rebanadas de pan para hacerse tostadas. Durante unas horas, hasta que Jake se marchase, tenía que portarse de manera normal.

Jake casi había terminado de desayunar cuando salió a la terraza. Y, lamentablemente, pareció darse cuenta de que estaba disgustada.

—¿Qué te ha dicho tu amiga? —le preguntó, con el ceño arrugado.

—Nada, hemos hablado de nuestras cosas —murmuró ella, echándose unos huevos revueltos en la tostada. Pero cuando iba a llevársela a la boca, Jake sujetó su mano.

—¿Qué pasa?

—¿No eras alérgica a los huevos?

—Ah, eso —murmuró Mattie—. Me temo que no es verdad.

—¿No es verdad? Entonces supongo que tendrías una buena razón para mentir.

—Tenía una razón estupenda: tú te habías puesto demasiado mandón.

—¿Yo? —rió él—. ¿Cuándo?

Mattie lo pensó un momento y se dio cuenta de que la única razón para que no le gustase durante los primeros días era que Jake no mostraba el menor interés por ella. Aunque no iba a decírselo, claro.

—No recuerdo los detalles —murmuró.

Pero no era verdad, lo recordaba muy bien. ¿Cómo podía haber cambiado todo tan drásticamente en tan poco tiempo?

—Es hora de que te vayas al aeropuerto, ¿no?

Jake suspiró.

—Sí, es verdad. Debería llamar a un taxi.

—No, yo te llevaré.

—Está lejos y habrá mucho tráfico a esta hora.

De repente, los ojos de Mattie volvieron a llenarse de lágrimas.

—Jake, por favor, no discutas. Quiero llevarte al aeropuerto y ya está.

—Gracias —dijo él, mientras recogía las cosas del desayuno.

—Déjalo, tú ve a hacer la maleta.

—Muy bien, muy bien —respondió, mirándola con gesto de sorpresa.

A Mattie le temblaban tanto las manos mientras metía los platos en el lavavajillas que rompió una taza. Acababa de echar los pedazos en el cubo de la basura cuando Jake volvió a la cocina con una mochila al hombro.

—Parece que viajas ligero de equipaje —intentó bromear.

—Suelo hacerlo, sí. No necesito muchas cosas.

—Bueno, voy a cepillarme los dientes, vuelvo enseguida.

Cuando volvió a la cocina, Jake estaba acariciando las orejas de *Brutus*, que intentaba lamer su cara alegremente.

—Estamos despidiéndonos.

Mattie tuvo que morderse los labios para controlar las lágrimas.

—Espero que también te hayas despedido de *Pavarotti*.

—Ah, sí, claro, me ha cantado un aria y todo.

Mattie sacó las gafas de sol del bolso y se las puso para

disimular.

—No te preocupes por Roy, yo iré a verlo de vez en cuando a la residencia.

—Imagino que no servirá de nada decirte que no tienes que preocuparte por él —sonrió Jake.

—No, de nada en absoluto. Estaré encantada de ir a verlo —dijo ella—. Bueno, será mejor que nos vayamos.

—Sí, claro.

Mattie se colocó el bolso al hombro y, mirando las llaves del coche, dejó escapar un suspiro.

—¿Estás bien? —Jake tomó su cara entre las manos y, sin pensar, sin poder evitarlo, inclinó la cabeza para buscar sus labios.

Mattie se derritió entre sus brazos. Lo besaba como si le fuera la vida en ello…

Después del beso se sintió un poco mejor, un poco más calmada.

Cuando llegaron al aeropuerto tenía los ojos secos y esperaba poder seguir así mientras se despedían.

—Puedes dejarme aquí —dijo él cuando llegaron a la puerta de la terminal.

—¿Seguro que no quieres que entre contigo?

—No, se tarda siglos en pasar por los controles de seguridad, ya sabes cómo son los vuelos internacionales.

—Pues no. La verdad es que nunca he salido del país.

Jake la miró, perplejo.

—¿En serio?

—Lo más lejos que he estado es en el oeste de Australia.

—Imagino que estabas tan ocupada cuidando de todo el mundo que no has tenido tiempo de viajar.

—Sí, claro.

—Pero eso significa que aún tienes un montón de aventuras por delante.

Algo en su forma de decir la frase hizo que el corazón de Mattie empezase a dar saltos.

—¿Tienes una dirección de correo electrónico? Supongo que debes de sentirte solo en Mongolia. Yo podría escribirte, si quieres.

—Sí, claro —Jake sacó una tarjeta de su cartera—. Mira, aquí está todo.

Mattie miró el nombre, Jake R. Devlin, y se le hizo un nudo en la garganta. Aquel trozo de cartulina cuadrado era lo único que le quedaría de él cuando se hubiera ido…

Jake sacó otra tarjeta de la cartera.

—¿Por qué no me escribes tu dirección de correo electrónico aquí?

—Ah, muy bien.

Él se inclinó para darle un beso en la mejilla, pero Mattie necesitaba algo más y le ofreció sus labios.

Oía el ruido de bocinas impacientes tras ellos, pero quería tomarse su tiempo diciéndole adiós. Hasta que, por fin, Jake tocó su mejilla con la punta de un dedo.

—Cuídate, Mattie.

—Tú también.

—Lo he pasado muy bien —Jake abrió la puerta del coche, pero antes de salir se volvió para mirarla a los ojos—. Pero tú sabes que no puedo prometerte un futuro, ¿verdad?

El corazón de Mattie se hundió dentro de su pecho.

—Sí, claro —consiguió decir, aunque apenas fue un susurro—. Yo no esperaba nada.

Jake sabía que era mentira, pero asintió con la cabeza. ¿Qué podía decir? Un segundo después, se dirigía a la entrada de la terminal… pero se volvió un momento para mirarla con una sonrisa en los labios.

¿Una sonrisa? ¿Cómo podía sonreír?, se preguntó Mattie, cuando un minuto antes le había robado toda la alegría. Aun así, levantó una mano para decirle adiós, con los ojos empañados.

La puerta de cristal se abrió y él desapareció en el interior de la terminal, mochila al hombro.

Y ella no pudo contenerse más.

Qué tonta había sido. Sabía desde el principio que Jake era peligroso y había intentado resistirse… pero era el hombre más atractivo que había conocido nunca.

El día anterior lo habían pasado tan bien juntos… Pero luego, después de la película, se había portado como una tonta, como una ingenua.

Si no hubiera sido tan débil…

En menos de veinticuatro horas se había enamorado como una tonta.

Del hombre equivocado.

Otra vez.

Mattie se lanzó de cabeza al trabajo y, al final del día, había terminado una nueva ilustración. Esa vez, curiosamente, la vieja magia parecía haber vuelto. Era como si su energía creativa intentase llenar el vacío que había en su interior.

Cuando terminó la ilustración dio un paso atrás para examinar el dibujo de Molly en la ventana de su dormitorio. Parecía tan solitaria, tan pequeña…

Le sorprendió la fuerza que tenía el dibujo y sonrió, complacida. Le gustaba la vulnerabilidad de Molly y sabía que sus pequeños lectores adoraban a aquella niña por su disposición para ayudar a la gente.

Solo esperaba encontrar esa misma fuerza y esa misma disposición en sí misma.

Jake estaba en la cantina, preguntándose qué estaría haciendo Mattie en aquel momento. Podía imaginarla paseando con *Brutus*, el viento moviendo su pelo, sus ojos azules tan brillantes como siempre…

Podía verla haciendo ilustraciones sobre la mesita de café, su rostro sereno y concentrado. La veía en la cama, a su lado. Recordaba su olor, el sabor de sus labios, la suavidad de su pelo.

Podía oír su voz musical y ver el brillo de sus lágrimas…

—Ah, Jake, ahí estás.

Will Carruthers se acercó a él con una taza de café en la mano.

—Me alegro de verte, amigo. ¿Qué tal las vacaciones?

—Bien —contestó Jake.

—¿Noto cierta falta de entusiasmo?

—Lo siento, estaba pensando en otra cosa…

—¿Soñando con las hordas de mujeres guapas que has dejado atrás? —rió su amigo—. ¿Algún problema en el apartamento?

—No, no —por fin. Jake recordó sus buenas maneras—. Muchas gracias por prestármelo, Will. Está en un sitio fabuloso. Ah, y te he traído un regalo del *dutyfree*. Te lo llevaré a tu tienda esta noche.

—Intuyo que es una botella de mi refresco favorito.

—Tres botellas —rió Jake—. Pero imagino que sabrás que había otra persona en el apartamento.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Mattie Carey.

Will se llevó una mano a la frente.

—¿Mattie estaba allí al mismo tiempo que tú?

—Llegó un par de días después que yo.

—Pero pensé que no llegaría a Sidney hasta el día cinco… y tú me dijiste que te ibas a Japón a esquiar.

—No, al revés, estuve esquiando en Japón y luego fui a Sidney.

—Vaya, lo siento, lo había entendido mal —se disculpó Will—. Bueno, ¿y qué tal con Mattie?

—Estupendamente. Es fácil llevarse bien con ella.

—Sí, desde luego. La buena de Santa Matilda —sonrió Will—. Todos queremos mucho a Mattie. Es la mejor amiga de mi hermana desde siempre. Creo que se conocieron en la guardería —luego hizo una pausa—. Supongo que no te habrá contado por qué se ha mudado a Sidney.

Jake se encogió de hombros.

—No, qué va. Pensé que estaba allí para trabajar en sus libros de cuentos. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada.

—Venga, Will, ¿por qué me has preguntado eso?

—Solo estaba hablando por hablar, hombre.

Jake no lo creyó. Estaba convencido de que Will sabía algo sobre Mattie que él no sabía. Tal vez se trataba de algún problema.

¿Qué podría ser? ¿Por qué habría ido a Sidney aparte de para trabajar? Claro que, ¿por qué tenía que ir a Sidney para escribir un libro de cuentos? No lo había pensado hasta ese momento, pero ahora…

—Mattie no ha ido a Sidney porque esté enferma o algo así, ¿verdad?

—No, no, tranquilo. Mattie Carey está más sana que un roble.

—¿Entonces qué has querido decir? Me has preguntado si sabía por qué se ha mudado a Sidney…

—Olvídalo, amigo —molesto consigo mismo, Will se levantó—. Mattie ha alquilado el apartamento durante un año y yo estoy encantado de tener una inquilina tan fiable.

Cinco días antes del implante de embriones empezaron a ponerle inyecciones de progesterona y los viajes a la clínica, junto con el trabajo en su libro y pasear con *Brutus*, se convirtieron en una rutina para Mattie. También había sacado de la biblioteca varios libros sobre el embarazo y había empezado a hacerse comidas sanas

de verdad.

Incluso compró un tiesto con perejil para tener una fuente de hierro a mano. Quería hacerlo todo bien, aunque jamás pensaba en aquel niño como hijo suyo.

El embrión había sido creado en una probeta con material genético de Gina y Tom y Mattie se veía a sí misma como una especie de niñera. O tal vez una tía muy entregada.

Cada vez que se sentía abrumada por la tarea que la esperaba se concentraba en el fabuloso momento, nueves meses después, cuando le entregase el niño a sus mejores amigos.

Era un alivio que las cosas por fin hubieran empezado a moverse y, a medida que se acercaba la fecha del implante. Gina la llamaba más a menudo. Pero no hablaban mucho sobre el inminente embarazo, sino sobre la gente de Willowbank, los progresos de Mattie con su último libro…

No hablaban sobre Jake.

Por el momento, no había contestado al correo que le había enviado hablándole del viaje y de su primera semana de vuelta en Mongolia.

Estaba intentando olvidarse de él y, sin embargo, se había llevado una desilusión cuando no le escribió inmediatamente. Y luego se llevó otra desilusión por el tono despreocupado del mensaje.

No debería haber sugerido que se escribieran; habría sido mucho más sencillo si se hubieran despedido para siempre en el aeropuerto.

Y cada vez que pensaba en responder al correo se sentía como paralizada porque no dejaba de oír esas fatídicas palabras:

«Tú sabes que no puedo prometerte un futuro, ¿verdad?».

Mattie volvió a leer el correo por enésima vez, intentando encontrar significados ocultos. Qué absurdo. ¿Iba a tener que sufrir meses de agonía por culpa de Jake como le había pasado con Pete? No, no estaba dispuesta.

Además, había una razón por la que no le había escrito de inmediato; una que descubrió en el momento más inesperado, en medio de la noche.

Mientras estaba tumbada en la cama, Mattie se encontró preguntándose si lo que sentía por Jake podría ser una amenaza para el embarazo. Era absurdo pensar de esa manera cuando sabía que no podía haber nada entre ellos, pero no podía evitarlo. Jamás

habría imaginado que la psicóloga podría tener razón y que conocería a alguien como Jake precisamente en aquel momento, antes de concebir al niño de Gina y Tom.

Y, sin embargo, allí estaba. Pero si iba a haber un hombre en su vida en aquel momento, tendría que ser alguien que la apoyase, que estuviera a su lado. No un mujeriego guapísimo que vivía a miles de kilómetros de Sidney.

Necesitaba un hombre que aceptase su situación y estuviera dispuesto a esperar. Desgraciadamente, Jake Devlin no reunía ni uno solo de los requisitos, de modo que lo mejor sería olvidarse de él para siempre.

Jake miraba la pantalla de su ordenador con expresión seria. De nuevo, no había respuesta de Mattie. Miró entonces el dorso de la tarjeta, donde ella le había escrito su dirección de correo y, por enésima vez, recordó las lágrimas en sus ojos y la pasión del último beso. Podría haber jurado que pensaba escribirle en cuanto llegara a casa y había anticipado una constante entrada de mensajes.

¿Qué significaba su silencio?

¿Qué había cambiado?

Su conversación con Will seguía persiguiéndolo.

«Imagino que no te habrá contado por qué se ha mudado a Sidney».

Jake había vuelto a preguntar a su amigo, pero Will se encogió de hombros, diciendo que lo había mal interpretado.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Te das cuenta de que me preguntas por Mattie todos los días? Necesitas otras vacaciones, estás muy tenso.

Tal vez tenía razón porque nunca le había pasado algo así. Era absurdo estar obsesionado por una mujer a la que no pensaba volver a ver.

Irónicamente, en cuanto dejó de esperar respuesta de Mattie, recibió un correo suyo.

A: jakerdevlin@miningmail.com

De: maltiecarey@mymail.com

Hola, Jake:

Saludos desde Sidney a la lejana Mongolia.

Quería contarte que he invitado a Roy a tomar el té en casa. No hemos hecho té de eucalipto, pero hemos comido pasteles y le he llevado

de vuelta a la residencia con un ramo de hojas de eucalipto y un jarrón para que pueda tenerlas en su cuarto. Como te puedes imaginar, se ha quedado tan contento.

Ah, y he encontrado un libro sobre paisajes australianos con un montón de fotografías que le ha gustado mucho. Me ha pedido que te diga que está bien. En realidad, dice que está tan fuerte como un caballo, pero yo creo que es una exageración. Y te manda un beso.

No tengo mucho más que contarte. Sigo con las ilustraciones para mi libro y me temo que la mesa de café ya no se usa como mesa de café.

Espero que el cocinero te dé bien de comer. ¿Sigues ayudándolo en la cocina? Tal vez deberías darle nuestra receta de salsa para la pasta.

Un beso de Brutus y Pavarotti y otro de mi parte.

Mattie

Jake sintió tal alivio al saber de ella que, tragándose el orgullo, le devolvió el correo inmediatamente… pero contando cosas impersonales, como Mattie. Le habló de la fiesta en la cantina para uno de los compañeros y cómo habían intentado jugar al Scrabble la otra noche en tres idiomas diferentes: inglés, francés y ruso. También le dio las gracias por atender a Roy, pero no le dijo que la echaba de menos.

Mattie contestó al día siguiente con una pregunta:

¿Qué significa la R de tu nombre? ¿Robert, Roy? ¿Rudolph, Rambo?

Jake contestó que Richard, por su abuelo. Y luego le preguntó cuál era su nombre completo. Mattie contestó:

Matilda Francesco, por mi abuela. Somos muy predecibles, ¿no?

Después de eso intercambiaron correos casi cada día. Los mensajes eran cortos y divertidos, sin nada que pudiese dar a entender una emoción más profunda. Y Jake se alegraba.

Mattie también estaba contenta. Tras largas deliberaciones, había decidido contestar a sus correos. Después de todo, tal vez podrían ser amigos, mantenerse en contacto. No esperaría nada más.

Lo mejor, decidió, era no volver a mencionar esa maravillosa noche que habían pasado uno en brazos del otro.

Así era más fácil no decirle la verdad.

El problema era que se sentía horriblemente culpable. Y cada día era más difícil soportar el anhelo que sentía por Jake.

Capítulo 6

Mattie sonreía mientras marcaba el número de Gina.

—¿A ver si lo adivinas, amiga? Ha funcionado.

—¿Quieres decir…?

—Que la prueba ha dado positiva.

—¡Dios mío! ¿Estás embarazada?

—Sí, estoy embarazada. Muy embarazada.

Gina lanzó un grito de tal calibre que Mattie tuvo que apartarse el teléfono de la oreja.

—No me lo puedo creer. Dios mío, eres tan buena… Me voy a poner a llorar. No sé cómo darte las gracias.

—Yo también estoy muy contenta. ¡Vas a tener un niño!

—¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente —contestó Mattie—. Aliviada, además. Durante estos últimos días pensé que podría estarlo, pero el médico no quiso decirme nada hasta que estuviera seguro del todo.

—¿Tienes síntomas de embarazo? ¿Te mareas?

Pacientemente, Mattie se lo contó todo a su amiga: que sus pechos habían aumentado de tamaño, que estaba agotada todo el tiempo… al principio había pensado que sería la gripe, pero cuando empezó a vomitar por las mañanas, lo supo.

—No me lo puedo creer —suspiró Gina—. Yo estoy muy emocionada, pero para ti debe de ser horrible.

—No, solo es durante una hora al día más o menos. El resto del tiempo me siento bien y tengo la excusa perfecta para echarme la siesta después de comer. La buena noticia es que el médico está muy contento. Dice que los niveles hormonales son muy fuertes. Pero mucho.

—No sé qué significa eso.

—No te asustes, pero… podría ser que estuviera esperando más de un niño.

Gina volvió a lanzar un grito.

—¡Dios mío, dos niños! ¿Te importa si cuelgo? Tengo que contárselo a Tom.

Mattie soltó una carcajada.

—Venga, ve a decírselo. Y dale un beso de mi parte.

Después de colgar se dejó caer en el sofá y *Brutus* subió de un salto a su lado.

—Dos niños, *Brutus* —murmuró—. Voy a terminar del tamaño de esta casa.

Con una mano sobre el abdomen. Mattie intentó imaginar a los dos niños en su útero. El médico le había advertido que existía el riesgo de concebir gemelos y. aunque no lo había creído, ahora se alegraba de que fuera así.

¿Pero cómo iba a recuperar la figura? Tendría que hacer ejercicio durante años. Y no podía dejar de preguntarse qué diría Jake si la viese embarazada…

Pero enseguida dejó de pensar en ello. Jake solo había entrado en su vida durante unos días y aquello era algo que había decidido meses antes. Era un asunto privado entre Gina, Tom y ella. Jake Devlin no tenía nada que ver.

Si pensar eso no la hiciera sentir tan triste, tan sola…

«Estoy siendo egoísta», pensó entonces.

Estaba muy contenta de hacerlo antes de conocer a Jake y ahora debía concentrarse en lo positivo, en el regalo que llevaba dentro.

Mattie tenía tan bonitos recuerdos de su infancia, con Gina y Tom, Will y Lucy… Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvieron todos juntos, pero tal vez se reunirían para el bautizo de los niños.

¿Y Jake?

¿No sería maravilloso si pudiera encontrar un sitio para Jake en su vida? Como siempre, cada vez que pensaba en él se le encogía el corazón. No había habido correos recientes porque Jake se había marchado a una expedición y le sorprendía echarlos tanto de menos. Pero sabía que era absurdo sentirse tan apegada a Jake cuando le había dejado bien claro que no había futuro para ellos. Intercambiar correos de vez en cuando no era una relación.

Aun así, era muy fácil imaginarlo en su círculo de amistades. Al fin y al cabo, ya era amigo de Will, y Mattie sabía que la gente de Willowbank le caería bien. Casi lo imaginaba en casa de Gina y Tom, cenando con Will y Lucy, bromeando…

Sí, eso sería perfecto.

«Pero es imposible y soy idiota por pensar en ello».

A: molliecarey@mymail.com

De: jakerdevlin@miningmail.com

Hola, Mattie:

He vuelto por fin después de pasar tres semanas en la estepa controlando una prospección. No quiero aburrirte con los detalles, pero es estupendo estar de vuelta en mi tienda de campaña, con una cómoda cama y una estufa por la noche.

Espero que todo vaya bien. ¿Quieres creer que te echo de menos? A ti, a Brutus, a Pavarotti y tus dibujos de Molly.

¿Cómo estás? ¿Qué haces todos los días? ¿De qué color llevas el pelo ahora?

¿Qué películas has visto últimamente?

Y, sobre todo, ¿de qué color llevas hoy el sujetador?

Sigue sonriendo.

Jake

Mattie leyó el correo y se puso a llorar.

Aquel día estaba siendo espantoso. A media mañana había empezado a tener jaqueca y, como estando embarazada no podía tomar ningún analgésico, lo único que podía hacer era tumbarse en la cama con un paño húmedo en la frente y esperar que se le pasara.

Su cintura aumentaba de tamaño por días y se sentía gorda, fea, cansada y triste. Y Jake fantaseando con su ropa interior…

¡Era demasiado!

Cuando dejó escapar un suspiro de angustia, *Brutus* lanzó un ladrido y la miró con los ojitos llenos de preocupación.

—Oh. *Brutus*… —sollozó Mattie, apretándolo contra su pecho—. ¿Qué voy a hacer con Jake?

Ahora sabía con total certeza que estaba esperando gemelos porque había visto la ecografía y allí estaban: dos cabecitas, cuatro bracitos, cuatro piernecitas dentro de sus bolsas. Había tenido que comprar ropa premamá y horribles sujetadores que parecían arneses en blanco, negro o beis y que la hacían sentir como una matrona.

Mientras tanto, Jake seguía pensando que estaba escribiéndole a una chica delgada que usaba ropa interior de fantasía; una mujer que no tenía más compromisos que los de su editorial.

Era un fraude, una impostora.

Suspirando de nuevo, dejó a *Brutus* en el suelo y empezó a pasear por el salón, con el perrillo siguiéndola de un lado a otro. ¿Qué debía hacer? ¿Debía contestarle? Y si lo hacía, ¿debía contarle

la verdad?

O tal vez podría no contestarle más y dejar que pensara que había perdido interés.

Pero no quería olvidarse de Jake.

«Tienes que hacerlo».

Si no le doliese tanto la cabeza, podría pensar con más claridad, se dijo. Pero su embarazo era un asunto privado y tanto Gina y Tom como ella habían decidido que siguiera siéndolo. No podía contárselo a Jake.

Además, si supiera lo del embarazo, seguramente perdería todo interés por ella. Él era un juerguista, un mujeriego. Una mujer embarazada haría que saliese corriendo.

Y no quería seguir pensando en Jake. No quería volver a enamorarse y a sufrir como le había pasado con Pete.

Después de todo, ¿cómo iba a compartir aquel embarazo con un hombre que había declarado su alergia al compromiso?

¿Y por qué tenía tantas dudas? Lo mirase como lo mirase, solo había una opción.

Debía dejar de escribir a Jake, debía olvidarse de él de una vez por todas.

Era lo más decente y lo más sensato. Y, dado lo poco que le había afectado decirle adiós a Ange, seguramente le importaría un bledo decirle adiós a ella.

Sin la menor duda, el intercambio de correos terminaría cuando una de las personas dejase de contestar.

Y, sin la menor duda también, el mundo estaba lleno de corazones rotos.

Jake apagó el ordenador y, después de servirse un vaso de vodka, se lo tomó de un trago. Veía luces encendidas en otras tiendas de campaña, pero no estaba de humor para charlar con nadie.

Eso no era una sorpresa porque, en general, siempre había sido un solitario y había aprendido desde niño a salir adelante sin la ayuda de nadie. Pero había una diferencia entre ser solitario y sentirse solo.

Aquella noche, mientras miraba la desierta estepa de Mongolia, podía sentir la casi olvidada soledad de su infancia, aquellos largos y tristes meses tras la depresión de su madre, cuando ella no podía

o no quería hablar con él.

Jake hizo una mueca, intentando controlar el dolor que le provocaba siempre recordar ese rechazo.

Muchas de sus novias lo habían acusado de no tener sentimientos y él sabía que merecía tal acusación, pero había aprendido de la manera más dura a guardar su corazón bajo llave.

Y por eso precisamente le había dicho a Mattie que no podía haber un futuro para ellos.

De modo que no tenía sentido que sus viejas ansiedades volvieran ahora sencillamente porque no había sabido nada de ella en un mes.

Le había enviado tres correos más, a los que Mattie no había contestado. Y no podía creer cuánto deseaba saber de ella, comprobar que estaba bien.

Will Carruthers decía no saber nada y, al final, Jake decidió llamarla por teléfono. Tenía que escuchar su voz, saber que al menos no estaba enferma.

Mientras marcaba el número se sentía ridículamente nervioso; tanto que sudaba como un adolescente intentando reunir valor para pedirle a una chica que saliera con él.

Cuando ella contestó por fin, tuvo que tragar saliva antes de hablar:

—Hola. Mattie.

—¿Jake?

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás?

—¿Sigues en Mongolia?

Parecía asustada. ¿Por qué?

—Sí, sigo aquí.

¿Qué más podía decirle? ¿Cómo iba a explicar esa llamada?

—Hace tiempo que no sé nada de ti, así que llamo para ver cómo estás. ¿Todo bien?

—Sí, bien —contestó ella. Aunque, por su tono, no parecía estar bien en absoluto—. Es que… he estado muy ocupada.

Jake apretó los dientes. ¿Por qué había pensado que era buena idea llamarla?

—¿Entonces estás bien? —insistió, sin saber qué decir.

—Estoy bien, Jake.

—Suenas un poco…

—Estoy cansada, nada más. He estado trabajando mucho últimamente… el libro me mantiene muy ocupada.

—¿Estás disfrutando de tu trabajo? —Jake se pasó una mano por la cara, angustiado.

—Sí, claro, ya sabes que me encantan las historias de Molly. Es un trabajo muy creativo.

—Ah, me alegro.

—Hablo a menudo con Roy. No he tenido tiempo de ir a verlo últimamente, pero lo llamo todas las semanas y dice que está bien.

—Me alegro de oírlo. Y gracias por preocuparle, Mattie.

—De nada. ¿Cómo está Will?

—Bien, bien —suspiró Jake—. En realidad, está de permiso y se ha ido unos días a California. Imagino que lo estará pasando estupendamente.

—¿Tú también irás a California la próxima vez que tengas vacaciones?

El estómago de Jake dio un vuelco. Mattie estaba dándole a entender que no pensaba volver a verlo.

Muy bien, tal vez él le había hecho una advertencia cuando se despidieron en el aeropuerto, pero ahora pensaba de otra forma. La echaba de menos y no pensaba rendirse.

—Estaba preguntándome qué pasaría si apareciese en Sidney otra vez.

Mattie no dijo nada y Jake contuvo el aliento.

—Pues… ¿estás pensando volver aquí?

—¿Seguirás en Sidney dentro de un mes o dos?

Otro silencio que lo dejó helado.

—Jake, me temo que voy a estar muy ocupada durante los próximos meses.

«Muy ocupada». Estaba claro: no quería saber nada de él, pensó, apretando los dientes.

—¿Quieres decir qué prefieres no volver a verme?

—Es que… sería difícil —apenas había sido un suspiro, pero Jake se dio cuenta de que se le rompía la voz.

¿Por qué? ¿Qué estaba pasando? Recordaba las lágrimas de Mattie cuando se despidieron en el aeropuerto y había sido tan vanidoso como para pensar que iba a echarlo de menos. Pero, ¿habría otra razón? ¿Algo que no le estaba contando?

Una cosa era segura: aquella llamada de teléfono no estaba dándole respuesta alguna y no tenía sentido prolongar la tortura.

—Muy bien, gracias por decírmelo.

—Adiós, Jake.

Sonó un clic al otro lado de la línea y así, de repente, Mattie Carey desapareció de su vida.

Pero Jake tenía la impresión de que Mattie no quería dejarlo ir.

¿O estaría su ego interfiriendo con el sentido común?

Sentada en un café del puerto, Gina tomaba su refresco con una sonrisa soñadora en los labios.

—Qué suerte que sean un niño y una niña. Es perfecto. No me lo puedo creer, Mattie.

Mattie sonrió, pasándole un brazo por los hombros. Tener con ella a sus amigos mientras le hacían la última ecografía había sido maravilloso. Y ver la felicidad en sus rostros, ver cómo se abrazaban, había hecho que aquel proyecto mereciese la pena.

Podía olvidarse de los dolores de cabeza, del ardor de estómago, del cansancio. Y si recordaba a Gina y Tom con los ojos empañados mirando la ecografía, podía borrar los recuerdos de Jake Devlin.

Había hecho lo que debía hacer cuando colgó el teléfono. Era la única manera. Después de todo, si su novio no había sido capaz de quererla cuando era joven, guapa y no embarazada, ¿cómo podía esperar que un hombre como Jake estuviese interesado en ella ahora?

Jake volvió a Sidney un frío día de invierno y, cuando bajó del taxi, el viento y la lluvia golpearon su cara. No era exactamente una bienvenida agradable, pero tampoco había esperado una.

No había dormido nada en el avión, pero después de darse una ducha en el hotel fue directamente a buscar el coche que había alquilado.

Y, por un momento, se sintió extrañamente desorientado. Las calles de Sidney, llenas de coches y gente, lo abrumaban después de pasar varios meses en la solitaria estepa de Mongolia.

Jake parpadeó varias veces para concentrarse, cambió de carril y puso el intermitente para girar a la derecha. Había pensado ir directamente a ver a Roy pero ahora, demasiado tarde, se daba cuenta de que iba en dirección contraria.

Y cuando estaba buscando la manera de dar la vuelta reconoció la tienda en la que Mattie y él habían comprado el hornillo de gas…

La dirección que llevaba a la casa de Will.

Y a Mattie.

Su corazón se aceleró. Muy bien, ya que iba en esa dirección podría pasar por delante del apartamento. Y si veía el coche de Mattie aparcado en la puerta, podría parar para saludarla. Tenía que verla al menos una vez. Tenía que saber la verdad, hablar con ella cara a cara.

Durante esa desastrosa llamada de teléfono. Mattie le había dicho que estaba tan ocupada que llamaba a Roy por teléfono en lugar de ir a verlo y eso lo había preocupado. No sabía por qué, pero estaba seguro de que había algún problema. ¿Por qué la persona que había hecho lo posible por complacer al anciano durante una semana de repente no tenía tiempo para ir a visitarlo?

Jake seguía convencido de que Mattie tenía algún tipo de problema y, a riesgo de enfadarla, no podía marcharse de Sidney hasta haber llegado al fondo de la historia.

Mattie estaba trabajando frente a la ventana del salón, escuchando el repiqueteo de la lluvia en los cristales mientras hacía el dibujo preliminar para otra de sus ilustraciones.

El libro estaba casi terminado y quería enviarlo a la editorial en cuanto le fuera posible, pero el embarazo la dejaba sin energía.

Estaba intentando concentrarse cuando un ruido en la calle llamó su atención. Y cuando miró por la ventana vio un coche negro, deportivo, deteniéndose frente al edificio de apartamentos.

Ella no esperaba a nadie, de modo que siguió trabajando… pero entonces su perro empezó a ladrar.

—Calla, pesado —lo regañó Mattie. Pero *Brutus* solo ladraba para saludar a alguien que conocía; con los extraños se limitaba a guardar silencio o a lanzar algún gruñido.

Por curiosidad, volvió a mirar por la ventana y vio a un hombre corriendo bajo la lluvia. Llevaba un chubasquero negro y solo pudo ver un pelo oscuro y unos hombros anchos…

Oh, no, no.

No podía ser Jake.

Su corazón dejó de latir durante una décima de segundo… y luego empezó a latir otra vez, con más fuerza que nunca.

Jake.

Era Jake.

Demasiado sorprendida como para moverse, Mattie se quedó

donde estaba. No había vuelto a saber nada de él después de esa llamada de teléfono y no había esperado que volviera a Sidney. Ni se le había ocurrido.

Instintivamente, se cubrió el abultado abdomen con los brazos. Uno de los niños le dio una patadita y luego el otro, como si estuvieran haciendo una competición.

Cuando sonó el timbre *Brutus* empezó a ladrar alegremente y Mattie intentó levantarse, pero le temblaban las rodillas y sus piernas se negaban a sujetarla. ¿Qué pensaría Jake cuando la viera?

El timbre volvió a sonar.

Capítulo 7

Jake sabía con total seguridad que Mattie estaba en casa. Su coche estaba aparcado en la puerta y, además, la había visto por la ventana. Pero no abría la puerta.

Genial. No quería verlo.

Obstinado, volvió a llamar.

Brutus ladraba como loco, arañando la puerta. Al menos él estaba contento de volver a verlo, pensó.

Pero la puerta no se abría.

No debería haber ido.

Tras el rechazo de Mattie había sido una tontería volver, se dijo. Jake se dio la vuelta y, suspirando, se quedó un momento en el porche. No llamaría una tercera vez. Un hombre tenía su orgullo.

Pero cuando iba a correr hacia el coche la puerta se abrió y *Brutus* se lanzó hacia él, dando saltos de alegría.

—Siéntate, *Brutus*.

Jake levantó la mirada y allí estaba Mattie.

Mattie.

El pelo castaño era como una nube que enmarcaba su rostro y sus ojos azules parecían más grandes que nunca. Llevaba una voluminosa túnica de color cereza sobre un pantalón gris y botines. Era la Mattie que él recordaba.

Incluso más guapa de lo que recordaba. Tenía un brillo especial en la cara…

Estaba…

Jake se quedó inmóvil.

No.

No podía ser.

—Hola. Jake.

Él no podía apartar la mirada de su abultado abdomen.

No, imposible, no podía ser verdad.

Durante esos meses de silencio había considerado muchas posibilidades, pero nunca aquélla.

¿Qué significaba eso, que iba a ser padre?

Nervioso, señaló su abdomen con la mano.

—¿Por qué? —murmuró, con voz entrecortada—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Ella sacudió la cabeza.

—No podía hacerlo. Lo siento.

¿No podía hacerlo? ¿Qué significaba eso?

—¿Qué está pasando, Mattie? ¿Por qué no podías decírmelo? Estás embarazada, ¿no?

—Sí, claro que estoy embarazada.

—¿Es mi hijo?

El anhelo que había en su voz al hacer esa pregunta sorprendió al propio Jake. Él no había planeado ser padre y siempre se había asegurado de evitar tal posibilidad. Pero todo el mundo sabía que esos accidentes ocurrían a menudo. Y Mattie sería la mejor madre del mundo…

—No te asustes, Jake. No estás a punto de convertirte en padre.

Él no era el padre.

Podría haberle dado un puñetazo en la cara. El resultado habría sido el mismo.

Mattie tenía otro amante.

Se quedó atónito, planchado, tan disgustado que no podía decir nada.

Si el niño no era suyo, ¿de quién era? ¿Cuándo había ocurrido? ¿Antes de que conociese a Mattie? ¿Después?

¿Podía creer lo que le contase? Aparte de una prueba de ADN, ¿cómo podía saber si el niño era suyo o no?

—No esperaba verte.

—Ya me lo imagino —dijo Jake, sin poder disimular su amargura.

—Mira, lo siento, sé que esto es una sorpresa para ti, pero es complicado de explicar…

—¿Cómo de complicado?

—Mucho —suspiró ella, dando un paso atrás—. Será mejor que entres. Te mereces una explicación.

Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que había esperado pasar las vacaciones con Mattie. Menudo error. Jake Devlin nunca pasaba sus vacaciones con la misma chica.

Ahora mismo debería estar de fiesta en París o esquiando en Colorado.

Pero allí estaba, en el apartamento de Sidney, con Mattie Carey.

Y mientras se quitaba el chubasquero y lo colgaba en el perchero

se le ocurrió otra posibilidad, aún más turbadora.

«No, por favor, que el niño no sea hijo de Will».

No era posible. Pero Will se había mostrado tan reservado sobre Mattie… y ella vivía en su apartamento.

Pero se lo habría dicho, ¿no?

De repente, una ola de soledad lo envolvió. Era como aquella sensación de angustia que recordaba de su infancia.

—Siéntate, Jake —Mattie señaló uno de los sofás frente a la mesa de café.

Había colocado sus ilustraciones en otra mesa frente a la ventana, dejando libre la mesita de café. Jake la recordaba sentada sobre la alfombra haciendo los dibujos para su libro, pero sin duda el embarazo hacía imposible que trabajase de ese modo.

—¿Quieres té o café?

Jake negó con la cabeza. Quería la verdad.

Dejando escapar un suspiro, Mattie se sentó frente a él.

Frente a él, no a su lado.

Cuando se miró las manos, Jake vio que llevaba las uñas pintadas de rojo, a juego con la túnica. Y el fuerte color hacía que sus manos, tan pálidas, pareciesen elegantes y sofisticadas. Incluso más bonitas que antes.

—Siento mucho que me hayas encontrado así. Es lo último que quería… sé que debe de ser una sorpresa.

—Una sorpresa, desde luego —dijo él, con esa voz tan grave.

Mattie lo miró, intentando disimular la emoción. Se alegraba tanto de volver a verlo…

Llevaba un jersey de lana de color beis y pantalones vaqueros. Y con la sombra de barba y el pelo despeinado por el viento parecía un pirata, como el día que lo conoció.

Ojalá pudiese abrazarlo, pensaba. Levantarse del sofá y sentarse a su lado otra vez para apoyar la cabeza sobre su hombro. Querría enterrar la cara en su cuello y respirar el aroma de su piel, sentir sus labios…

Las hormonas del embarazo debían de haber despertado su libido porque lo que le gustaría en aquel momento era quitarle el jersey y acariciar su torso. Quería que Jake la desease como la había deseado la última vez.

Pero había perdido ese privilegio y ahora Jake parecía muy lejano. La distancia entre un sofá y otro, entre Jake y ella, era como el Gran Cañón.

—¿Por eso estabas tan ocupada? —le preguntó—. ¿Este es tu nuevo proyecto?

Nerviosa, Mattie tiró de la túnica.

—Si quieres que sea sincera, he estado más cansada que ocupada.

—Pero has guardado el embarazo en secreto. ¿Por qué?

—No tenía más remedio. Quería decírtelo, pero había prometido no contárselo a nadie.

Antes de que él pudiera abrir la boca para hacer otra pregunta, Mattie siguió:

—Seguramente podría haber pedido permiso para contártelo, pero me preocupaba que no lo entendieras.

—Tengo un título en Ciencias, creo que entiendo cómo ocurren estas cosas.

—Es una situación particularmente delicada —dijo ella, ignorando el sarcasmo.

—Por favor, dime que el niño no es de Will.

—¿De Will? No, no. ¿Por qué piensas eso?

—Imagino que tanto secreto tiene que ver con la identidad del padre —contestó Jake.

—Y de la madre.

—¿Perdona?

Mattie se tocó el abdomen.

—Soy una madre de alquiler.

Jake abrió la boca y volvió a cerrarla, atónito.

Cuando el silencio empezó a resultar insoportable, Mattie respiró profundamente.

—Mi mejor amiga, Gina Carruthers, sufre endometriosis y el ginecólogo le dijo que tendrían que hacerle una histerectomía. Para ella fue horrible. Solo tenía treinta años y su marido y ella llevaban planeando formar una familia casi desde que eran pequeños.

—Podrían haber adoptado un niño —sugirió Jake.

—Sí, lo pensaron.

—Pero a ti se te ocurrió una idea mejor.

Mattie dejó escapar un suspiro. Esa era la reacción que había esperado. Jake no iba a mostrarse comprensivo en absoluto.

—A mí me parece que es la mejor opción. Me hicieron un implante de los óvulos de Gina y el esperma de Tom para crear los embriones…

—¿Y ahora un hijo suyo está creciendo dentro de ti?

Era evidente que no le parecía bien.

—Eso es.

Sus miradas se encontraron entonces y Mattie vio un brillo de sorpresa en los de Jake. No la entendía; seguramente pensaba que estaba loca.

Pero no era ningún consuelo saber que había estado en lo cierto al anticipar tal reacción.

—¿Cuándo… ocurrió?

—Después de que te fueras a Mongolia.

—Pero imagino que ya lo tendrías planeado. ¿La noche que nos acostamos juntos sabías que ibas a hacerlo?

—Sí —Mattie levantó la barbilla—. Pero no sé por qué pareces tan molesto. Este embarazo no tiene nada que ver contigo.

—¿Ah, no?

—Pues claro que no. Tú mismo me dijiste que no había un futuro para nosotros, Jake. No se puede tener todo. No puedes ser un mujeriego y desaprobar que yo quiera darle a mis amigos los hijos que tanto desean…

—¿Hijos, en plural?

—Sí, estoy esperando gemelos, un niño y una niña.

La noticia hizo que Jake se levantara de un salto.

—¿Cómo has podido hacerte esto a ti misma, Mattie?

—Ya te lo he dicho, para ayudar a Gina y Tom.

—Ah, sí, claro, debería haberlo imaginado. Santa Matilda, por supuesto.

—Sabía que no lo entenderías —suspiró ella.

—Y estabas en lo cierto. No lo entiendo, no lo entiendo para nada.

Jake empezó a pasear por la habitación y luego se volvió abruptamente para mirarla.

—Sé que te gusta ayudar a la gente. De hecho, haces lo que tengas que hacer para ayudar a todo el mundo y me parece bien, pero esta vez has ido demasiado lejos. Eres joven, soltera. Deberías estar aprovechando la juventud, divirtiéndote. Nunca has salido del país… ¿por qué no haces eso en lugar de convertirte en una incubadora humana? Es una locura.

¡Una incubadora humana!

—¿Cómo te atreves a llamarme eso? —exclamó Mattie, indignada—. Si conocieras a Gina y Tom te darías cuenta de que he hecho bien.

Jake se encogió de hombros y Mattie se enfureció aún más. Aquella reacción era exactamente la que había esperado y temido. Por eso había dejado de contestar a sus correos.

—Ha sido mi decisión y es mi cuerpo, Jake. Estoy perfectamente sana y no corro peligro alguno. Además, no necesito tu permiso…

—Ya lo sé.

—Y tú no tienes nada que decir. No tenías la menor intención de ser parte de mi vida.

Cuando levantó la mirada vio algo en su expresión que la sorprendió.

¿Qué era, miedo? ¿Desilusión? ¿Ternura? ¿Todas esas cosas a la vez?

Su confusión la sorprendía porque no la había esperado. Mattie había visto cómo se deshacía de una novia sin pensarlo dos veces y el propio Jake le había dicho cuando se despedían en el aeropuerto que no había futuro para ellos.

Pero ahora se le hizo un nudo en la garganta al verlo allí, con los hombros caídos, las manos en los bolsillos del pantalón mientras miraba un dibujo de Molly.

¿Se habría equivocado?

¿Sentiría algo por ella?

¿Qué debía hacer? ¿Qué podía decir? ¿Sería demasiado tarde? ¿De dónde iba a sacar valor para dar el paso que podría unirlos de nuevo? Ni siquiera estaba segura de que fuera posible.

¿Debería decirle que la noche que durmió con él había sido la más emocionante y preciosa de su vida? ¿Debería admitir cuánto le había costado no volver a contestar a sus correos?

Se preguntó entonces si podría contarle a Jake la otra verdad, la que ni ella misma se atrevía a admitir; el miedo que había sentido de que sus sentimientos por él la impidieran seguir adelante con el embarazo.

—Me alegro de haber venido —dijo Jake entonces—. Al menos, ahora sé la verdad.

—Lo siento —murmuró ella.

—Es demasiado tarde para eso. Es… sencillamente demasiado tarde —Jake se dirigió a la puerta.

—¿Tienes que irte ya?

—Como tú misma has dicho: yo no soy parte de tu vida.

Brutus empezó a lloriquear a los pies de Jake y él se inclinó para acariciarlo.

—No te he contado nada sobre Roy —dijo Mattie, a la desesperada—. Y tú no me has contado nada sobre Mongolia.

—Por favor, Mattie. Tú no tienes el menor interés por lo que hago en Mongolia.

—Eso no es verdad. Y en cualquier caso, ¿no quieres saber cómo está Roy?

—Puedo ir a visitarlo y me lo contará él mismo —Jake abrió la puerta.

Nunca volvería a verlo, pensó Mattie, dando un paso adelante.

—Estás enfadado, ¿verdad?

Jake no contestó. Sin decir una palabra, salió del apartamento y cerró la puerta firmemente tras él.

Lo había perdido.

Mattie se dejó caer en el sofá, incapaz de contener las lágrimas. Había gastado un paquete entero de pañuelos, pero nada podía curar su pena.

Había sido tan duro volver a verlo, recordar todo lo que había tenido que dejar atrás…

Y ahora lo había perdido.

Tardó una eternidad en poder pensar con claridad, regañándose a sí misma por dejar que otro hombre le rompiera el corazón.

La desaparición de Jake no era como su ruptura con Pete. Jake y ella no habían estado prometidos, nunca había habido el menor acuerdo entre ellos. Jake no le había prometido nada y jamás había pretendido ser lo que no era.

No debería llorar por él. Si lloraba por Jake Devlin, debían ser lágrimas de rabia.

Primero, no tenía derecho a entrar allí y enfadarse sencillamente porque ella no tenía tiempo, ni disposición, para otra aventurilla. Segundo, no tenía derecho a criticarla cuando estaba haciendo algo absolutamente maravilloso para Gina y Tom.

Tercero, era imposible que él entendiera por qué había tomado tal decisión porque era un egoísta. Y, lo que más le dolía, se negaba a mostrar por ella una onza de la compasión que mostraba por su amigo Roy.

Jake Devlin era un egoísta y estaba mucho mejor sin él.

Pero era tan guapo… Le gustaba todo en él: su sonrisa, sus caricias, sus besos sensacionales.

Oh, no, qué desastre.

¿Por qué no podía haberse quedado en Mongolia?

Jake tiró el chubasquero en el asiento trasero del coche y cerró de un portazo, sin dejar de mascullar maldiciones. Luego se colocó tras el volante y volvió a cerrar de otro portazo.

Arrancó a tal velocidad que un viandante tuvo que detenerse a toda prisa cuando iba a cruzar la calle. Jake pisó el freno, avergonzado, y en cuanto dobló la esquina y vio un espacio libre aparcó para calmarse un poco. No recordaba la última vez que había estado tan enfadado. O tan asustado.

No, eso era mentira.

Lo recordaba muy bien.

Sabía perfectamente cuándo se había sentido así por última vez y su frente se cubrió de sudor. Pero era demasiado tarde para evitar la cascada de recuerdos de la terrible noche en la que nació su hermano.

Él tenía entonces nueve años y estaba encantado porque, después de años insistiendo, por fin sus padres iban a darle un hermanito. Incluso le había hecho un juguete del que se sentía muy orgulloso: una botella de plástico con arena y piedrecillas que había pintado de colores.

Había imaginado al niño jugando con ella como si fuera un sonajero. Había soñado que un día su hermano y él jugarían juntos al escondite, a los vaqueros…

Tenía muchos planes, muchas cosas que enseñarle al pequeñajo: a nadar, a montar a caballo, a subirse a los árboles, a ocultar secretos a los adultos…

Pero entonces llegó esa noche.

Su padre y Roy estaban en los pastos reuniendo al ganado y Jake y su madre estaban solos en el rancho. En medio de la noche Jake se había despertado al oír que su madre gritaba y cuando saltó de la cama la encontró en bata, agarrada al teléfono, suplicándole al médico que fuese inmediatamente.

Estaba muy pálida, temblando, con los ojos llenos de lágrimas. Pero cuando Jake le preguntó qué le pasaba, ella le contestó que no podía hablar en aquel momento mientras iba hacia la radio para llamar a su padre.

Debía estar durmiendo porque pasó un siglo hasta que contestó. Su madre no paraba de llorar y cuando por fin pudo hablar con él, sus balbuceos eran ininteligibles.

Jake no soportaba verla así. Intentó abrazarla, preguntarle qué le pasaba y, por fin, ella dejó de llorar y acarició su mejilla.

—Necesito que seas muy valiente, Jake. El médico llegará pronto. ¿Puedes encender todas las luces de la casa y esperarlo en el porche?

—Sí, mamá.

—Cuando llegue el médico llévalo a mi habitación inmediatamente.

Luego, dejando escapar un gemido, se volvió para ir a su habitación, tapándose la boca con la mano, como si fuera a vomitar. Y después de tumbarse en la cama se quedó inmóvil.

Asustado, Jake olvidó la orden de encender las luces y entró en el dormitorio para tocar su hombro suavemente. Llorando, la sacudió con más fuerza, suplicándole, pero su madre no despertaba.

Entonces vio aquel bulto diminuto…

Jake fue de puntillas hasta el otro lado de la cama y vio el rostro diminuto de un bebé envuelto en un chal, tan cerca del borde que podría caerse.

Tenía los ojos cerrados y cuando tocó su cara notó que estaba muy fría…

Si llegase el médico, si su padre o Roy volvieran… Sus lágrimas caían sobre el rostro del bebé mientras lo depositaba en la cuna. Después, tapó a su madre con una manta y salió al porche a esperar al médico.

Solo en sus pesadillas había vuelto a recordar esa escena terrible. Pero ahora, la sorpresa del embarazo de Mattie lo había devuelto a aquel momento.

Había vuelto muchas veces al dormitorio de su madre, rezando para que ella o el niño despertasen. Pero no fue así.

La ayuda tardó horas en llegar, una eternidad para Jake. Mientras las luces de la avioneta médica iluminaban la pista de tierra frente a la casa, oyó un retumbar de pezuñas que anunciaba la llegada de los hombres del rancho.

El médico y su padre entraron en el dormitorio a toda prisa y Jake lloró en los brazos de Roy.

Fue Roy quien le dijo por fin que su madre iba a ponerse bien, pero que el niño había muerto. Fue Roy quien no se separó de él durante el resto de la noche o el día siguiente. Fue Roy quien le explicó lo que había pasado y quien le aseguró que él no tenía la culpa de nada.

Jake dejó escapar un gemido mientras apoyaba las manos en el volante. Ahora, siendo adulto, sabía que lo que le había pasado a su madre era tristemente habitual en el campo porque una mujer tenía que esperar horas hasta que llegase el médico. Un embarazo en Sidney era otra cosa completamente diferente.

Pero una parte irracional de sí mismo sabía que ése era un miedo del que nunca podría escapar. Y no quería volver a pasar por una situación así.

Afortunadamente, había tenido el sentido común suficiente como para distanciarse de Mattie. De haberse quedado allí podría haber hecho algo que lamentase después… podría haberle hecho más preguntas, haberse involucrado más en su vida.

¿Pero cómo una mujer joven podría haberse ofrecido voluntaria para algo como aquello? ¿Cómo podía arriesgarse así por otras personas?

«Tu sabes por qué: Mattie no es una chica como las demás».

Cierto.

Ese era el problema.

Mattie era una mujer *sexy*, cálida, vibrante, especial, generosa. Tenía un corazón tan grande como…

Maldita fuera. Si seguía por ese camino, empezaría a sentirse protector otra vez y ya había decidido que ella no era su responsabilidad.

¿De verdad sabía Mattie dónde se había metido?

No, seguramente no.

Y necesitaba su ayuda.

Jake volvió al edificio de apartamentos. Una vez allí, salió del coche, corriendo bajo la lluvia, y llamó a la puerta de nuevo.

De nuevo. Mattie tardó un siglo en abrir mientras *Brutus* ladraba al otro lado. Pero cuando abrió por fin, Jake sintió como si lo hubieran golpeado en el pecho.

Tenía los ojos enrojecidos de llorar y en cuanto lo vio sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez.

—Mattie…

Negando con la cabeza, ella se tapó la boca con un pañuelo.

Y Jake sintió que se ahogaba. No podía verla así, era insoportable. Si alguien le hacía daño a Mattie Carey…

—Solo quería comprobar que estabas bien, pero veo que no es así.

En lugar de invitarlo a entrar, ella levantó los ojos al cielo,

secándose las lágrimas con la mano.

—Ya te he dicho que estoy bien. No tienes que preocuparte por mí.

Que no se preocupase por ella…

—¿Quién cuida de ti?

—No necesito que nadie cuide de mí, me cuido yo misma —contestó ella, orgullosa—. No estoy enferma, estoy embarazada.

—¿Pero lo estás haciendo tú sola?

—Un embarazo no es algo que uno pueda compartir precisamente.

Se mostraba deliberadamente obstinada y eso quería decir que estaba furiosa con él.

—¿Qué pasará dentro de unos meses?

—¿Cuándo esté tan grande como una casa?

—Tendrás que seguir haciendo la comida, ir al médico…

—Sí, pero no te preocupes. Llevaré uno de esos carteles de «exceso de peso» que llevan los camiones.

—Mattie, hablo en serio. No me digas que vas a hacerlo sola.

—¿Por qué no? Es la verdad.

Jake respiró profundamente.

—Estás esperando gemelos para una pareja. Imagino que ellos te deben algo, ¿no? Pues parece que te han abandonado.

—Tú no sabes nada de ellos —protestó Mattie—. Nadie me ha abandonado, fue idea mía venir a Sidney. De haberme quedado en Willowbank todo el pueblo se habría enterado —le dijo luego, sonándose la nariz—. Soy perfectamente capaz de arreglármelas sola y así es como quiero que sea. No podría soportar que Gina y Tom estuvieran todo el día pendientes de mí.

«Pero es lo que deberían hacer», pensó Jake.

—Vas a estar muy cansada durante los últimos meses… no puedes hacerlo sola.

—Gina y Tom han contratado a una persona que limpia la casa y han hablado con el supermercado para que me envíen la compra, así no tendré que cargar peso.

—¿Entonces van a cuidar de ti?

—Si fuera por ellos, no se separarían de mi lado —suspiró Mattie—. Gracias por preocuparte, pero estoy bien.

—Como tú digas —murmuró él. Pero cuando Mattie iba a cerrar la puerta, Jake la sujetó—. Espera.

Quería decirle que no debía llorar, que él… que él…

¿Qué?

¿Cuál era su papel allí?

Mattie no necesitaba su apoyo, por lo visto, y él no tenía intención de comprometerse con nadie.

No sabía qué decir. Jake Devlin en la puerta de una mujer, sin palabras. Eso era algo nuevo.

—Te has olvidado del gato.

—¿Qué gato? Yo no tengo un gato, solo a *Brutus*.

—No, me refiero al gato en los dibujos de Molly.

Normalmente dibujas un gato negro en cada ilustración, pero en esta última se te ha olvidado.

Mattie se volvió para mirar el dibujo, arrugando el ceño, y Jake aprovechó para admirar su perfil, la cuna de sus labios, suaves como pétalos de rosa…

Curiosamente, el embarazo no había disminuido su deseo por ella.

—Sí, es verdad —murmuró—. Se me ha olvidado dibujar al gato. Será la amnesia de la maternidad.

—Podría… estar escondido bajo la mesa.

Mattie sonrió.

—Sí, podría dibujarlo bajo el mantel, esperando que Molly le diera una sardina.

—Algo así.

Los ojos azules de Mattie brillaban con esa calidez que él conocía tan bien y se preguntó cómo reaccionaría si la besara.

¿Debía besarla?

—Es muy buena idea, Jake. Gracias por recordarme al gato. Mis lectores se habrían llevado un disgusto si lo hubiese dejado fuera.

—De nada.

Ella cruzó los brazos sobre su abultado abdomen y dejó escapar un suspiro.

—¿Eso es todo?

¡No!

El deseo de besarla era asfixiante. Pero en el pasado los besos siempre habían llevado a una escena de seducción y ahora anhelaba algo más. Algo más profundo, mejor.

Necesitaba a Mattie como nunca había necesitado a nadie y cuando estaba con ella se sentía feliz. Pero no sabía cómo decirle eso. Y, sobre todo, no estaba dispuesto a admitirlo.

La idea de que su felicidad dependiera de una mujer que estaba

embarazada era aterradora.

Mattie empezó a cerrar la puerta.

—Saluda a Roy de mi parte.

—Sí, claro —Jake sabía que no podía marcharse. Mattie lo necesitaba. No sabía cómo cuidar de ella, pero tenía que intentarlo al menos.

Años antes, su madre lo había enviado al porche a esperar al médico y ahora que Mattie estaba embarazada no podía contemplar siquiera un exilio similar.

—Que lo pases bien. Jake. Espero que disfrutes de tus vacaciones.

Y cerró la puerta.

Capítulo 8

Al menos, Mattie intentó cerrar la puerta, pero Jake se lo impidió poniendo un brazo en el hueco.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Intentas perder el brazo?

—No puedo marcharme así. Estás siendo absurdamente cabezota.

—¿Yo estoy siendo cabezota?

—Pues sí —contestó él—. Es absurdo pensar que puedes hacer esto tú sola.

—Y tú no puedes venir aquí y decirme lo que tengo que hacer.

Jake entró en el apartamento como si tuviera todo el derecho del mundo y se volvió para mirarla.

—No te quiero aquí.

—Mira, admito que ahora mismo no sé lo que estoy haciendo. No tengo ningún plan, pero no puedo… no puedo irme de aquí como si no me importases nada.

Mattie estaba demasiado confusa como para replicar. ¿Qué estaba diciendo?

Su único pensamiento coherente fue que sería muy agradable que la abrazase en ese momento. Pero él no le estaba ofreciendo un brazo y ella no iba a pedírselo. Lo había hecho una vez y el recuerdo de lo que había pasado después hacía que le temblasen las rodillas.

—Tengo que sentarme —murmuró.

—Sí, claro —Jake esperó hasta que estuvo cómodamente sentada en el sofá, con un cojín a la espalda, antes de sentarse frente a ella.

—Yo no sé nada sobre un embarazo de gemelos.

Parecía tan preocupado que el corazón de Mattie se enterneció.

—¿Algún hombre soltero sabe algo sobre eso? A menos que estudie Medicina, claro.

—Mira, yo no quiero convertirme en una contrariedad para ti. No voy a quedarme aquí, pero voy a estar en Sidney.

—¿Durante tus vacaciones?

—Hasta que nazcan los niños.

Mattie abrió la boca, perpleja.
—¿Por qué? —logró preguntar.
—Porque… quiero pasar más tiempo con Roy —respondió Jake —. Y, al mismo tiempo, puedo venir a verte.
Aquello no tenía ningún sentido.
—No necesito que nadie me cuide. Tengo un médico estupendo.
—Sé que quieres mantener las distancias —empezó a decir él, levantándose y paseando por el salón como un león enjaulado— y no quiero molestarte, pero alguien tiene que cuidar de ti.
Mattie lo miraba como un pajarillo hipnotizado por una serpiente.
—Pediré más tiempo de vacaciones. Renunciaré a mi trabajo si hace falta —añadió.
—Pero eso es una locura.
Él negó con la cabeza.
—Voy a darte el número de mi móvil y quiero que me llames en cualquier momento.
—¿Llamarte?
—Si tienes que levantar peso, si quieres que lleve a *Brutus* a dar un paseo… lo que necesites. Si me haces una lista, yo iré a hacer la compra por ti. Si algo se rompe, desde el tostador a la nevera, llámame.
—Es muy amable por tu parle. Jake, pero no necesito estar entre algodones.
—Yo solo quiero que estés bien. Que descanses y te cuides. Quiero saber si estás preocupada, si te sientes angustiada…
—Pero… no lo entiendo. ¿Por qué haces esto?
—No me gusta que una mujer embarazada tenga que hacerlo todo sola —respondió él, sin mirarla.
¿Habría algo detrás de ese extraño deseo de protegerla?, se preguntó Mattie. ¿Un secreto en el pasado de Jake? ¿Otra mujer embarazada?
Querría preguntarle, pero no se atrevía a hacerlo. Además, por su sombría expresión estaba claro que no iba a decirle nada.
—Muy bien, de acuerdo —cuando intentó levantarse del sofá, Jake la ayudó y el calor de sus manos la hizo sentir un escalofrío—. Voy a buscar un cuaderno para anotar el número de tu móvil.

—Hola, Jake —la voz de Will sonaba jovial al otro lado de la

línea—. No esperaba que llamases. ¿Cómo van las vacaciones?

Tirado en el sofá del apartamento que había alquilado, Jake miraba al techo, pensativo.

—No van como había planeado exactamente.

—No me digas que el mundo se ha quedado sin chicas guapas —bromeó Will.

—Algo así —la verdad era que Jake ni siquiera había intentado conocer a nadie desde que llegó a Sidney, un fenómeno extraordinario—. Voy a quedarme aquí, por eso te llamo. Le he dicho al jefe que no pienso volver a Mongolia y necesito que me envíes mis cosas cuando puedas.

—¿Que no vuelves? ¿Se puede saber qué ha pasado?

—Tengo que quedarme aquí al menos durante un par de meses. A lo mejor entonces, si el puesto sigue libre…

—¿Esto tiene algo que ver con Mattie Carey?

—¿Mattie? ¿Por qué lo preguntas?

—He recibido un extraño correo suyo.

Jake se aclaró la garganta.

—¿Y qué dice en ese correo?

—Parece que está preocupada por ti.

—Lo dirás de broma.

—No, qué va. Parecía seriamente preocupada —dijo Will—. Y ahora, también lo estoy yo.

—No te preocupes, estoy bien —murmuró Jake. Pero ni siquiera era capaz de convencerse a sí mismo.

—¿Entonces qué pasa entre Mattie y tú?

—Muy poco, la verdad.

—Pues debo decir que me sorprende. No sabía que Mattie Carey fuera tu tipo.

—¿Por qué no iba a serlo?

Will soltó una carcajada.

—Tú sabes perfectamente cómo te gustan las mujeres.

—No, dímelo tú.

—Rápidas, dispuestas y libres.

Normalmente, un comentario así no lo habría molestado, pero aquel día se sintió avergonzado.

—Jake, no me digas que… esa semana, cuando compartiste el apartamento con Mattie…

—Déjalo, Will.

—Pero… ¿Mattie y tú?

—No es asunto tuyo —dijo él, enfadado—. Además, ya es tarde para que me hables de Mattie Carey. Tú sabías que planeaba quedarse embarazada, pero se te olvidó compartir ese pequeño detalle conmigo.

—Es un asunto delicado, Jake. Un acuerdo privado entre Mattie y mi hermana.

—Pero yo no dejaba de preguntarle…

—Y yo pensé que no era más que curiosidad. Jamás se me ocurrió… nunca habría imaginado que estuvieras saliendo con Mattie.

—No estoy saliendo con ella.

—¿Entonces por qué te preocupa tanto?

—Porque… porque es Mattie. Una persona que se preocupa por todo el mundo, que está dispuesta a hacer lo que sea por cualquiera.

—Eso es cierto.

—Santa Matilda.

—O no tan santa, según parece.

—Cállale, pesado. Oye, de verdad le agradecería que guardases mis cosas y me las enviaras en cuanto fuera posible.

—Sí, claro. Ahora mismo —asintió Will.

Tom golpeó la mesa de Mattie con el puño.

—Jack gana como nombre para el niño.

—Jack es demasiado tradicional. ¿No sería mejor un nombre más moderno, como Jasper o Jake? —Gina se volvió hacia Mattie, que estuvo a punto de tirar la taza que tenía en la mano—. ¿No estás de acuerdo?

Ella negó con la cabeza.

—No creo que debáis incluirme en la discusión sobre los nombres.

Para su sorpresa, Gina y Tom respondieron al unísono:

—¿Por qué no?

—Porque son vuestros hijos y ya tenéis suficientes problemas para poneros de acuerdo. Si además yo empiezo a dar mi opinión, no terminaríamos nunca.

—Tú y yo llevamos hablando sobre nombres de niños desde que íbamos al instituto —protestó Gina.

—Pero ahora estamos hablando de niños de verdad —Mattie sonrió, tocándose el abdomen—. Y esos pobres niños tendrán que

lidiar con los nombres que les pongáis durante el resto de sus vidas.

—Venga, por favor…

—Muy bien, de acuerdo. La verdad, espero que al niño no le pongáis Jake.

—¿Por qué no?

Mattie tuvo que disimular un suspiro. Le encantaba el nombre de Jake. Tanto que solo con pronunciarlo sus ojos se llenaban de lágrimas.

Jake Devlin estaba siendo muy amable con ella, desde luego, pero Mattie seguía sin entender qué había detrás de ese repentino deseo de protegerla. A veces pensaba que le importaba de verdad, pero él permanecía tan distante que no podía estar segura.

En el fondo, ese fondo donde las cicatrices que había dejado Pete aún no habían curado del todo, Mattie debía admitir que estaba asustada. Y seguramente estaba confundiendo a Jake tanto como la confundía él.

Pero si Gina y Tom elegían el nombre de Jake para el niño estaría oyendo ese nombre durante el resto de su vida; un eterno recordatorio de aquel doloroso y breve interludio.

Gina, mientras tanto, estaba esperando una respuesta.

—¿Lo ves? Por eso yo no debería involucrarme. No me hagáis ni caso, Jake es un nombre precioso.

Su amiga la miró durante unos segundos con expresión pensativa.

—Ah, debería haberme acordado, qué tonta. El hombre que estuvo aquí en verano… el amigo de Will. Se llamaba Jake, ¿no?

Mattie hizo una mueca.

—Te rompió el corazón —dijo Gina dramáticamente.

—Mi corazón está perfectamente sano.

—Pero te gusta mucho.

Mattie se encogió de hombros y su amiga suspiró de nuevo.

—Pobrecita. Will me contó una vez que Jake tenía un millón de novias —empezó a decir, levantando los ojos al cielo—. Algunos hombres son increíbles, de verdad.

Aquella discusión era más de lo que Mattie podía soportar. No quería contarle a sus amigos que Jake había vuelto a Sidney y tenía la intención de cuidar de ella como un angustiado ángel de la guarda.

Porque entonces querrían detalles, querrían respuestas y ella no tenía ninguna.

—Lo que pasó fue tanto culpa mía como suya.

—Y eso significa que dejemos el tema —intervino Tom—. No queremos que Mattie se disguste, para eso hemos venido a Sidney, ¿no?

El pobre tenía una expresión tan paternal que Mattie temió que, de un momento a otro, le pusiera una mano en la frente para tomarle la temperatura.

Pero, afortunadamente, se contuvo. Y Gina, que había entendido la indirecta, dejó el tema de los nombres.

Mattie estaba delante del ordenador, mirando la pantalla. Debería estar terminando la última versión de su cuento, pero Jake había llamado para preguntar si estaría en casa y desde que recibió esa llamada no había podido concentrarse en nada.

Y cuando oyó unos golpecitos en la puerta y *Brutus* se puso a ladrar tuvo que respirar profundamente para calmarse.

—Calla, *Brutus*.

Afortunadamente, el perrillo obedeció.

Al ver a Jake impecablemente vestido, con una camisa azul y un pantalón oscuro. Mattie sintió una inesperada ola de deseo.

Por favor… no sabía que una pudiera estar embarazada de gemelos y seguir sintiendo esas cosas.

Él tenía las manos a la espalda, como si estuviera escondiendo algo.

—Buenos días —su voz grave era como una caricia y Mattie sonrió tímidamente cuando le mostró lo que llevaba en las manos: eran dos tiestos, un rosal de té con capullos diminutos de color rosa y otro con campanillas azules.

—En honor de tus niños.

—Son preciosos. Uno rosa para la niña y otro azul para el niño.

—Pensé que preferirías flores frescas…

—No, me encantan los tiestos. Muchas gracias, Jake —sonrió ella, emocionada—. Bueno, voy a hacer café.

—No, espera. Tú quédate aquí, lo haré yo.

—¡Jake! En serio, estoy perfectamente…

—Sí, lo sé —la interrumpió él—. Estás estupendamente y no necesitas a nadie, pero hazlo por mí, ¿eh? He estado en la biblioteca leyendo algo sobre embarazos de gemelos y se supone que debes descansar durante el último trimestre. Así que siéntate en el sofá y

levanta los pies.

Para ocultar su sorpresa. Mattie respondió:

—Muy bien, de acuerdo. Pero prefiero un té de menta. Las bolsitas de té están en el bote azul.

Después, tomándole la palabra, se quitó las sandalias y se tumbó en el sofá.

Pero no podía relajarse.

El comportamiento de Jake era demasiado sorprendente.

Era tan difícil conciliar al hombre que estaba en la cocina haciendo un té con el hombre al que había conocido unos meses antes…

Recordaba las zapatillas de Ange tiradas en el suelo del cuarto de baño, las sábanas revueltas. Y, unos días después de cortar con Ange, Jake se metió tranquilamente en su cama.

No podía dejar de pensar en aquella triste despedida en el aeropuerto: «Tú sabes que no puedo prometerte un futuro, ¿verdad?».

Jake Devlin había sido un mujeriego, pero ahora estaba allí, protegiéndola.

Todo era demasiado confuso.

Cualquiera pensaría que, si un hombre dejaba su trabajo para cuidar de una mujer embarazada, esa mujer debía de importarle mucho. A Mattie le gustaría que fuera así, pero resultaba difícil creerlo. A Jake le gustaban las mujeres guapas y disponibles… ¿cómo iba a encontrar atractiva a una que parecía una ballena?

Angustiada, había empezado a preguntarse si algún día podría volver a ser la chica alegre y esbelta que había compartido apartamento con Jake Devlin.

Aquella noche maravillosa que habían pasado juntos… le parecía como si hubiera ocurrido siglos atrás, en otra vida.

Jake volvió unos minutos después con una bandeja y, en lugar de sentarse en el otro sofá, se sentó a su lado, a unos centímetros de sus pies desnudos.

—¿Has visto a Roy últimamente? —le preguntó, sin aliento.

—Sí, lo he visto. Y la verdad es que estoy un poco preocupado, me parece que no se encuentra bien.

—¿En serio? Lo siento mucho. ¿Has hablado con la gente de la residencia?

—Me han asegurado que es normal a su edad, pero a mí me parece… —Jake tuvo que aclararse la garganta—. Me parece que

Roy tiene ya un pie en la tumba.

—Pobrecito.

Él la miró durante unos segundos, en silencio.

—Tú estás muy bien. De hecho, estás…

—¿Radiante? ¿Gorda? —intentó bromear Mattie.

—Estás muy guapa. ¿Pero qué va a ser de *Brutus* y *Pavarotti* cuando te vayas al hospital?

—Gina y Tom se los llevarán un día de éstos, por si el parto se adelantase.

—¿Podría adelantarse?

—Suele ocurrir con los embarazos de gemelos.

—Sí, eso había leído.

—De todas formas, Gina y Tom se llevarán a *Brutus* y *Pavarotti* a Willowbank y creo que la madre de Gina cuidará de ellos.

Jake asintió, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón.

—He comprado algo para tu zoo particular —sonrió, sacando un hueso de goma de color azul—. Toma, *Brutus*, es para ti.

El perrillo se volvió loco, rodando por el suelo y peleándose alegremente con el hueso.

—Muchas gracias —sonrió Mattie—. Le encanta.

Jake metió la mano en el otro bolsillo y sacó algo que parecía una rama con una bolita colgando.

—¿Es para *Pavarotti*?

—Sí, es una percha de pedicura.

—¿Qué?

—*Pavarotti* puede engancharse a la ramita para jugar con la bola mientras se hace la pedicura al mismo tiempo.

Mattie soltó una carcajada.

—Nunca había oído algo así, pero me encanta.

De repente, se puso seria. Durante unos segundos había olvidado sus miedos y sus dudas. Se había sentido tan feliz como durante aquella semana con Jake. Aquella semana maravillosa…

Pero Jake le había advertido que no podía durar y era cierto.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó.

—¿Haciendo qué?

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Por qué te portas tan bien conmigo?

Por un momento él pareció sorprendido, como si no supiera qué contestar.

—¿Recuerdas el día que fuimos al parque con Roy?

—Sí, claro.

—Ese día me di cuenta de que siempre hacías lo posible por ayudar a la gente, por hacerlos felices. Y me pregunté si alguien lo haría por ti.

—¿Estás intentando hacerme feliz?

Jake sonrió.

—Esa es la idea.

—Ah.

Y entonces, sin poder evitarlo, Mattie se echó a llorar.

Jake la abrazó y ella apoyó la cabeza sobre su sólido torso, sollozando mientras él acariciaba su pelo, intentando consolarla.

Se sentía feliz, triste, confusa, asustada, pero en medio de todo aquello supo que amaba a aquel hombre.

Aunque era peligroso, aunque podría romperle el corazón, amaba a Jake Devlin.

—Mattie, no llores —murmuró él, con voz ronca—. Lo siento, no quería disgustarte.

La puerta se abrió en ese momento y, un segundo después, escucharon una voz masculina:

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

Era Tom.

Capítulo 9

Tom estaba en la puerta, su cabello pelirrojo de punta, mirando a Jake con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien, Mattie?

Ella estaba tan compungida que no podía contestar y lo único que consiguió fue asentir con la cabeza.

—¿Seguro que estás bien? ¿Qué está pasando aquí? —insistió Tom—. Perdone, ¿pero quién es usted?

Jake se levantó del sofá y, de repente, el aire se cargó de testosterona. Era más alto que Tom y parecía dispuesto a la batalla.

—Jake Devlin. ¿Y usted?

—Jake, él es Tom —consiguió decir Mattie—. Tom Roberts.

Los dos hombres se dieron un apretón de manos.

—Eres el padre de los niños entonces.

—Eso es. Y yo también he oído hablar de ti… nuestro hombre en Mongolia —Tom hablaba como lo haría un policía con un delincuente.

—Jake es un amigo —intervino Mattie—. Un buen amigo.

—¿Pero tiene la costumbre de hacerte llorar?

—No ha sido culpa suya. Al contrario, me ha traído regalos —dijo ella, señalando los tiestos. Tom miró las plantas con cara de pocos amigos mientras Mattie se secaba las lágrimas con el pañuelo —. No sabía que hubieras vuelto a Sidney. ¿Gina ha venido también?

—No, ella está en Willowbank. Yo tenía que venir por una cuestión de trabajo y no quería marcharme sin venir a verte —Tom miró de nuevo las plantas y luego a Jake.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió él, dejándose caer en el sofá, al lado de Mattie.

Tom se sentó, pero no parecía de mejor humor.

—Imagino que Mattie te habrá dicho que está esperando gemelos.

—Sí, claro.

—¿Y también te ha dicho que algunas mujeres que esperan gemelos tienen que pasar los últimos tres meses en el hospital para

descansar y no alterarse? En otras palabras, Mattie no debe disgustarse por nada.

—Te aseguro que yo solo quiero que esté descansada y que tenga un parto estupendo.

Tom asintió con la cabeza, pero su expresión seguía siendo recelosa.

—¿Como está Gina? —preguntó ella diplomáticamente.

—Bien, bien. Aparte de que habla de los niños todo el día y toda la noche… hasta en sueños habla de ellos.

—¿Tan emocionada está?

—No te lo puedes imaginar.

Jake se levantó entonces.

—Bueno, yo debería irme. Imagino que tendréis que hablar de vuestras cosas.

—No tienes que irte —empezó a decir Mattie, pero él parecía decidido.

—Encantado de conocerte, Tom.

—Lo mismo digo —murmuró él, sin mucha convicción.

—Nos vemos otro día, Mattie —Jake se inclinó para darle un beso en la mejilla. Sus labios apenas la habían rozado, pero su corazón empezó a dar saltos.

Querría decirle que podía pasar por allí cuando quisiera, pero con Tom allí no se atrevió a hacerlo.

—Gracias por los regalos. Son muy bonitos.

—De nada. Cuídate.

Cuando Jake se marchó, Mattie tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír.

—Espero que ese hombre no tenga por costumbre disgustarte.

—No me ha disgustado, en serio —le aseguró ella.

Aunque no podía estar segura de que fuera la verdad, porque Jake la tenía trastornada.

Y, por los niños, debería espabilarse de una vez.

Jake no podía creer que su visita hubiera terminado tan mal. Mientras iba hacia el coche estaba tan enfadado que le gustaría liarse a patadas con algo.

Había ido a verla para alegrarle el día y había terminado haciéndola llorar. Y, por si eso no fuera suficiente, cuando apareció el padre de los niños estuvo a punto de pelearse con él.

«Nuestro hombre en Mongolia». Ese había sido un golpe bajo.

Claro que seguramente Tom tenía buenas razones para estar tan enfadado. Debía de haber sido una sorpresa muy desagradable ir a ver a Mattie y encontrarla llorando en los brazos de un desconocido.

Mattie estaba llorando, sí, pero si hubieran tenido una oportunidad, esas lágrimas podrían haber roto todas las barreras. Y tal vez él podría haber empezado a entender un poco qué le pasaba por dentro.

Pero Tom había tenido que aparecer.

Mientras subía al coche, recordó la pregunta de Mattie: «¿Por qué estás haciendo esto?».

Le había dicho que quería ayudarla, hacerla feliz, pero eso solo era parte de la verdad. Y, además, la había hecho llorar.

Afortunadamente no le había contado el resto: que empezaba a darse cuenta de que necesitaba estar con ella, que era lo mejor que le había pasado nunca.

Pero si le hubiera dicho eso, Mattie podría haber esperado la promesa de un compromiso… una confesión de amor eterno, una petición de matrimonio incluso. ¿Y cómo iba él a hacer eso?

Era demasiado. Y era aterrador.

Tenía que ir paso a paso, día a día. ¿Pero cómo iba a decirle eso a Mattie?

Tal vez, después de todo, debería estarle agradecido a Tom por aparecer cuando lo hizo.

Jake estaba dormido cuando sonó el teléfono y en lo primero que pensó mientras saltaba de la cama fue en Mattie. ¿Le habría ocurrido algo?, se preguntó, angustiado.

—¿Sí?

—¿Señor Devlin?

—Sí, soy yo.

—Soy la hermana Hart, de la residencia de Lilydale.

—¿Ocurre algo? ¿Roy está bien?

—Me temo que voy a darle una mala noticia, señor Devlin. Roy ha sufrido un infarto.

Jake sintió como si le hubieran arrancado su propio corazón.

—¿Cómo… cómo está? —consiguió preguntar, con un hilo de voz.

—Me temo que es muy serio, señor Devlin. Está en el hospital, así que tendrá que ir a la unidad de cardiología para que le digan cómo se encuentra.

—Sí, claro —murmuró él.

A toda prisa, Jake anotó la dirección del hospital. Sabía que las primeras horas después de un infarto eran cruciales y tenía que ver a Roy. No podría soportar que muriese…

Aceptaba que el viejo capataz no podría vivir para siempre, pero sentía tal impotencia… Además, era una injusticia. Roy era una leyenda y merecía vivir un poco más, como un héroe.

Poco después llegó al hospital, nervioso, y buscó la unidad de cardiología entre aquellos interminables pasillos. Intentaba ser fuerte, pero no podía dejar de culparse a sí mismo.

«Debería haber hecho algo más por él. Por favor, no dejes que sea demasiado tarde».

A media tarde, el corazón de Mattie dio un vuelco cuando sonó el móvil y vio el nombre de Jake en la pantalla.

—Lo siento, acabo de ver tus mensajes —se disculpó él—. Tenía el móvil apagado.

—No importa, te perdono —intentó bromear ella para disimular su angustia. Que Jake no hubiese contestado inmediatamente a sus mensajes la había asustado un poco.

—Estoy en el hospital, Mattie. Roy ha sufrido un infarto.

—Oh, no… ¿cómo está?

—Me han dicho que por ahora aguanta bien, pero me sentiré mejor cuando hable con él.

—No te preocupes. Roy es duro como una piedra.

—Sí, claro —suspiró Jake—. ¿Cómo estás tú?

—Bien, solo ha sido una alerta naranja, pero el médico ha decidido tomar precauciones.

—¿Pero por qué? ¿Qué ha pasado?

—Empecé a tener contracciones y pensé que podría haberse adelantado el parto. Las contracciones han terminado, pero me han ordenado reposo total —Mattie arrugó la nariz—. Tengo que quedarme en el hospital hasta que nazcan los niños.

—Ya veo.

Jake parecía agolado y Mattie sintió pena por él. Dos dramas médicos en un día eran demasiado.

—¿En qué hospital estás?
—En Southmead.
—¡Yo también estoy en Southmead! —exclamó Jake—. Bueno, al menos así será más fácil visitaros a los dos. ¿En qué planta estás?
—A ver si lo adivinas.
—Sí, bueno, en maternidad. ¿En qué habitación?
—La 2203 —respondió Mattie—. Pero no tienes que venir, sé que estás muy preocupado por Roy.
—No vas a tener más remedio que verme porque voy para allá ahora mismo.

La habitación de Mattie estaba vacía.
Jake miró la cama con las sábanas revueltas y la marca de su cabeza sobre la almohada, la novela que había estado leyendo sobre la mesilla…
Sabía que era su habitación porque en el alféizar de la ventana estaban los tiestos que le había regalado, pero no estaba allí.
Jake llamó a la puerta del cuarto de baño, pero no hubo respuesta y empezó a asustarse. ¿Qué podría haber pasado en tan poco tiempo? Solo había tardado cinco minutos.
—¿Quería algo? —le preguntó una enfermera al verlo perdido en el pasillo.
—Sí, he venido a ver a Mattie Carey, pero no está en su habitación.
—Ah, entonces tú debes de ser Jake.
—Sí, soy yo —dijo él, sorprendido—. ¿Ha dejado algún mensaje para mí?
—Sí, la han llevado a la sala de ecografías.
—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?
—Nada, el médico ha pedido que le hicieran otra ecografía.
Jake dejó escapar un suspiro y la enfermera pareció apiadarse de él.
—No te preocupes, es algo normal. Mattie volverá enseguida.
—¿Cree usted… debería volver en una hora o algo así?
—Sí, será lo mejor —contestó la enfermera, con una sonrisa en los labios.

Mattie estaba en la cama, con los ojos cerrados. Beth, la

enfermera de la planta, le había dicho que Jake había ido a su habitación cuando la llevaron a la sala de ecografías.

Pobre.

Suspirando, intentó colocarse en una posición más cómoda, pero ninguna lo era. Estaba cansada de encontrarse incómoda, cansada de las patadas de los niños y ahora, después de un solo día, cansada de las pruebas y de los médicos, cansada de la idea de pasar tres meses en aquella habitación blanca.

Estaba empezando a quedarse dormida cuando sonó un golpecito en la puerta. Se había perdido la visita de Jake, pero con un poco de suerte podría soñar con él. Hacía tanto tiempo que no la besaba, pensó tontamente. Quería recordar exactamente el calor de sus labios y…

—¿Mattie?

La voz de Jake.

Mattie abrió los ojos. Jake estaba en la puerta, mirándola con expresión preocupada.

—Entra —le dijo, haciendo un esfuerzo para sentarse en la cama.

—Siento despertarte. Vine antes, pero te habías ido…

—Me alegro de verte. Ven, siéntate.

Jake acercó una silla a la cama. No era tan agradable como estar juntos en el sofá, pero ella no iba a quejarse.

—¿Va todo bien?

—Sí, los niños están estupendamente.

—Tú pareces cansada.

—Porque lo estoy, pero es normal. ¿Sabes algo de Roy?

—Están hablando de operarlo… quieren hacerle una angioplastia.

—¿Y cómo está él?

—Resignado. No está dispuesto a dejarnos todavía —sonrió él.

—Me alegro mucho.

Jake la miró a los ojos durante más tiempo del que era aconsejable.

—Supongo que debería alegrarme de que estés aquí. En el hospital te cuidarán bien.

—Deja que los médicos se preocupen por mí. Tú no tienes que hacerlo.

—No puedo evitarlo.

—Las mujeres tienen hijos todos los días.

—Sí, ya lo sé.

Estaba sonriendo, pero Mattie vio un brillo de miedo en sus ojos mientras señalaba los tiestos.

—Los he traído, sí. Son mis amuletos, no podía dejarlos en casa.

—Por ahora tienen buen aspecto —Jake tomó su mano y empezó a acariciarla—. Se te dan bien las plantas.

Mientras acariciaba su mano, Mattie sintió que el cansancio se evaporaba. Estuvieron mucho tiempo sin hablar, sonriendo tontamente. Hacía tanto tiempo que no se tocaban así que podría haber sido un momento incómodo, pero lo que experimentaba era una sensación de paz, de bienestar.

Estar con Jake era como volver a casa, pero él rompió el momento mágico volviéndose práctico otra vez:

—¿Has conseguido que alguien se encargue de *Brutus* y *Pavarotti*?

—No, aún no. Todo fue muy repentino, pero gracias por recordármelo. Esa era una de las razones por las que intenté hablar contigo.

—No me importaría pasar por el apartamento todos los días para ponerles la comida. Y puedo sacar a *Brutus* a pasear.

—Deberías mudarte al apartamento —dijo Mattie—. A Will no le importará en absoluto y está cerca del hospital. Así te será más fácil visitar a Roy.

—Y a ti.

—Exactamente.

—¿Qué tal te dan de comer aquí?

—Aún no he comido nada. No tengo mucho apetito.

—Pero deberías comer, ¿no?

—Sí, claro. Eso me han dicho —suspiró Mattie.

—¿Por qué no cenas conmigo mañana por la noche?

—¿Perdona? ¿Cómo voy a cenar contigo si estoy confinada en el hospital?

—Conozco un restaurante estupendo que prepara platos para llevar. Podemos cenar en la habitación.

—Ah.

Por un momento, Mattie pensó que iba a ponerse a llorar otra vez.

—¿Qué dices? ¿Tenemos una cita?

Era un crimen que le preguntara eso. Como si comer sola en el hospital pudiera compararse con cenar con Jake.

—Gracias —consiguió decir—. Me encantaría cenar contigo.

—Estupendo —Jake alargó una mano para acariciar su cara—. Pero ahora descansa un poco. Vendré a verte mañana.

Como si pudiera descansar después de que él la tocase, pensó Mattie.

Jake salió a dar un paseo con *Brutus* por el puerto y respiró profundamente la brisa del mar mientras intentaba relajarse. Aunque no era tarea fácil cuando estaba hasta las cejas en dramas hospitalarios.

Aquella mañana, Roy había estado a las puertas de la muerte y ahora Mattie estaba a punto de dar a luz no a un niño sino a dos. Y él estaba involucrado en ambas cosas. Algo muy duro para un hombre al que habían acusado a menudo de vivir de espaldas a los sentimientos.

Y, para rematar el día, le había pedido a Mattie que cenase con él. Iba a tener una cita con una mujer que estaba embarazada de unos niños que no eran suyos.

No era fácil creerlo, desde luego.

El sol empezaba a ponerse en el horizonte y las gaviotas chillaban buscando su comida. Las olas golpeaban el malecón y Jake respiró profundamente.

Tenía que calmarse.

En realidad, las cosas no estaban tan mal. Los médicos le habían dicho que Roy saldría adelante, aunque estaba tan pálido que su rostro casi se confundía con la almohada. Su viejo amigo seguía vivo gracias a un gotero y a un montón de apáralos, pero estaba en buenas manos.

Y también Mattie.

Tenía que ir paso a paso, se dijo. No había alternativa.

La cena fue perfecta: un soberbio *coq au vin* seguido de un pastel de trufas con chocolate y agua mineral servida en copas de champán.

Mattie no recordaba haber disfrutado tanto de una cena, pero la noche pasó de estupenda a fabulosa cuando Jake la besó.

Fue tan inesperado…

Un segundo antes estaba sentado al lado de la cama y, de

repente, se inclinó para besar su mejilla, deslizando los labios por su cuello.

—Tengo permiso para besarte, ¿no? Prometo ser muy suave.

Al principio Mattie estaba tan sorprendida que no sabía qué decir.

—Seguro que a mi médico no le importará.

Jake volvió a besarla y, cuando tomó su cara entre las manos, Mattie abrió los labios en un gesto de entrega.

Le encantaba su sabor.

Le encantaba la textura de sus labios.

El misterio de su boca.

Tímidamente, pasó las manos por sus hombros, deslizándolas por su camisa para sentir los fuertes músculos bajo la tela. Con dedos temblorosos acarició su cuello…

—Mattie —musitó Jake con voz ronca. Y ella pensó que se moriría de felicidad.

—¿Qué te pasa, Jake? Tienes mala cara.

Él sonrió. Roy lo había pillado soñando despierto, pensando en sus padres, en lo enfadado que estaba porque, una vez más, decían estar demasiado ocupados para ir a ver al viejo capataz.

—No te preocupes por mí. Tú concéntrate en ponerte bien.

Roy hizo un gesto con la mano.

—Ese es el trabajo de los médicos. Y me recuperaría antes si supiera que no estás destrozando tu vida.

Jake lo miró, perplejo.

—¿Cómo?

—Llevo algún tiempo queriendo hablarte de eso.

—¿Y desde cuándo eres un experto en la vida de los demás?

—Soy un experto en ti, Jake, y sé lo que te asusta de las mujeres.

—¿A mí me asustan las mujeres? —repitió él, haciéndose el gallito.

—No he dicho eso —murmuró Roy.

—¿Entonces?

—Estaba pensando en aquella noche, cuando tu hermano nació muerto.

De pronto, Jake no podía respirar y tuvo que hacer un esfuerzo para llevar aire a sus pulmones.

—Cuando el niño murió, tu madre se alejó de ti. Se apartó del mundo y pasó seis meses encerrada en su habitación. No sé cómo se llama hoy en día… depresión, creo. Pero viviendo en un sitio tan aislado no recibió la ayuda psicológica que necesitaba y tu padre estaba tan preocupado por ella que no se daba cuenta de lo que te estaban haciendo a ti.

—Estás hablando demasiado, Roy. Tienes que descansar.

—Tengo que decirte esto, Jake —insistió el anciano—. Sé que antes de morir el niño, tú adorabas a tu madre.

—Después de eso, ella no podía mirarme sin ponerse a llorar.

—Sí, lo sé. Y vi cómo te ponías una armadura, como un valiente soldado, para que no le hiciera daño. Pero luego, cuando tu madre empezaba a recuperarse, te enviaron a un internado —Roy dejó escapar un largo suspiro—. Desde los diez años has vivido en un mundo de hombres y sigues haciéndolo. Ahora te escondes en esa mina de Mongolia porque no quieres que te hagan daño…

—Ahora mismo me paso la mitad del día en el ala de maternidad de este hospital —lo interrumpió Jake.

—Y eso te da pánico.

—Porque no soy el hombre adecuado para ella.

—Tú eres perfecto para Mattie.

—¿Lo crees de verdad? ¿En serio? —le preguntó Jake. Era patético cuánto necesitaba oír eso de labios del anciano.

—Estoy seguro. Y sé que ella es perfecta para ti, por eso tienes tanto miedo. Pero deja que te diga una cosa: no termines solo como yo, Jake.

—Pero tú decidiste quedarte soltero.

—No, hijo, no lo decidí, es que nunca pude reunir valor para casarme.

—¿Qué? —Jake no podía creer que su héroe de la infancia hubiese tenido miedo de algo.

—Lo de la valentía es una cosa muy curiosa —siguió Roy—. Yo podía enfrentarme con un toro, pero no era capaz de entregarle mi corazón a una mujer. Y eso es muy peligroso —le dijo luego, clavando en él sus ojos azules—. Si mantienes tu corazón guardado bajo llave durante demasiado tiempo, acabarás temiendo que vea la luz del día.

Jake se quedó muy quieto, el pulso latiendo en sus sienes.

—Mattie es tan buena persona…

—¿Y tú no eres buena persona? —replicó Roy—. Mira cómo

estás cuidando de mí.

—Pero eso es porque… —Jake no pudo terminar la frase—. Porque tú siempre te has portado muy bien conmigo. Siempre has estado ahí para mí.

—Y Mattie también estará ahí para ti, hijo. Dale una oportunidad y esa chica te hará feliz para siempre.

Capítulo 10

—¿Tu niño necesita chocolate? —Mattie abrió mucho los ojos mientras leía el eslogan impreso en el último regalo de Jake.

—Son bombones especiales para mujeres embarazadas —dijo él —. La chica de la pastelería me dijo que tenían muchas vitaminas.

Mattie rió mientras abría la tapa.

—Pues entonces yo soy una embarazada con suerte. Muchas gracias, Jake.

No podía creer lo estupenda que había sido esa semana. Desde su primera cena en el hospital, Jake la había visitado a diario, a veces dos veces al día, y en cada ocasión le llevaba una sorpresita: cremas para evitar las estrías, películas románticas en DVD con las que Mattie lloraba sin descanso, un diario forrado en seda…

—Eres escritora y he pensado que te gustaría anotar tus pensamientos durante esta experiencia.

Era una buena idea, pensó Mattie. Y seguramente escribiría un diario algún día, cuando tuviera sus propios hijos.

Jamás se le habría ocurrido que Jake pudiera ser tan atento. Y, desde luego, no había anticipado que un hombre tan guapo siguiera encontrándola atractiva cuando su abdomen era del tamaño de la luna.

—Qué ricos están. Toma, prueba uno.

Charlaron luego sobre la operación de Roy, que tendría lugar en unos días, y Mattie le contó que en la última ecografía habían descubierto que los niños estaban colocados en una postura inconveniente para el parto. El médico le había dicho que tal vez lo mejor sería una cesárea en dos semanas o tal vez antes.

Jake, que estaba sonriendo, dejó de sonreír.

—¿No te importa que te hagan una cesárea?

—La verdad es que lo estoy deseando.

—¿En serio? Bueno, imagino que así no tendrás que pasar por un parto.

Parecía tan nervioso que Mattie imaginó que era una cosa de hombres.

Pero, curiosamente, ella no tenía miedo en absoluto. Desde que

empezó con aquel proyecto había sabido que todo iba a salir bien.

—Me han asegurado que las cesáreas dejan una cicatriz muy pequeña —le dijo, esperando distraerlo.

Jake asintió, pero no parecía contento.

—¿Has pensado en lo que sentirás cuando esto termine… cuando le entregues los niños a tus amigos?

—Sí, lo he pensado mucho —admitió ella—. A veces eso es lo único que me anima, imaginar sus caras de felicidad cuando por fin tengan a sus hijos en brazos.

—¿Pero y tú, Mattie? ¿Has pensado en lo que sentirás tú?

—Yo estaré contenta por Gina y Tom.

—¿Y cuando ellos se marchen con los niños y tú te quedes sola?

Mattie tragó saliva. No lo había pensado, pero tal vez tenía razón. Tal vez se sentiría como una crisálida después de que la mariposa hubiera volado.

Seguramente necesitaría un hombro en el que apoyarse, unos fuertes brazos que la consolaran. Pero no cualquier hombro y no los brazos de cualquiera.

¿Podría decirle eso a Jake?

Aquella semana habían hablado de sus familias, del colegio, de sus mejores amigos. Habían jugado al Scrabble y al póquer, se habían besado y los besos habían sido… nada ambiguos.

Pero no habían hablado del futuro ni de dónde iba aquella relación. La pregunta de Jake los adentraba en aguas desconocidas, pero no podía leer lo que había en sus ojos.

—Imagino que tendré que empezar otra vez, como dice la canción —respondió por fin.

—¿Como hiciste cuando tu abuela murió?

—Eso es.

—Y también tuviste que empezar otra vez después de una relación que acabó mal, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota? —exclamó ella, sorprendida.

Jake sonrió.

—Tiene que haber una razón por la que una chica tan guapa y tan generosa como tú no tenga a la mitad de los hombres de Sidney llamando a su puerta.

—Sí, bueno… perdí varios meses de mi vida con un hombre que decía querer casarse conmigo y que cambió de opinión en el último momento. Te aseguro que es horrible tener que cancelar los planes de boda, vender un vestido de novia que nunca te has puesto, ver la

compasión en los ojos de la gente…

Mattie contuvo el aliento mientras esperaba la reacción de Jake. En las películas románticas, el protagonista tomaba a la chica en brazos en momentos como aquél y le decía que la amaba locamente, que no la dejaría nunca.

Al menos. Jake podría explicarle por qué había renunciado a su trabajo y lo había dejado todo para atenderla.

Pero no dijo nada. Parecía incómodo después de una revelación tan personal.

Y Mattie se llevó una desilusión. Era el momento perfecto para que le explicase por qué un hombre como él había decidido pasar los días con ella en la planta de maternidad de un hospital en lugar de estar por ahí saliendo con unas y con otras.

Pero, aunque esperó, Jake no dijo nada más. De hecho, evitaba mirarla a los ojos.

—¿Y tú? —le preguntó por fin—. ¿Qué sentirás tú cuando le entregue los niños a Gina y Tom?

—Me sentiré aliviado.

—Supongo que te alegrarás cuando ya no esté embarazada.

—Me alegraré, sí —Jake sonrió, inclinándose para darle un beso en los labios antes de marcharse para ver a Roy.

Estaba deseando irse, pensó Mattie. Y entonces recordó por qué las películas románticas siempre la ponían triste. En su mundo, en el mundo real, los hombres guapísimos no tomaban a la chica en brazos y juraban amarla hasta su último aliento.

En su vida, los hombres fingían amarla y luego desaparecían. Como Jake.

La habitación estaba a oscuras cuando Mattie bajó de la cama para ir al baño, como solía hacer varias veces cada noche. Medio dormida, miró el reloj y comprobó que eran las cuatro y media de la madrugada, pero no se molestó en encender la luz mientras se dirigía a tientas hasta el baño. Pero cuando iba a abrir la puerta sintió que uno de los niños le daba una patada en la vejiga y, haciendo una mueca, alargó la mano hacia el interruptor…

De repente, sintió que algo húmedo corría por sus piernas, mojando su camisón y sus pies descalzos.

Atónita, miró la mancha en el suelo. ¿Había perdido el control de su vejiga por completo?, se preguntó.

Pero entonces se dio cuenta de lo que estaba pasando y la sorpresa fue reemplazada por una emoción totalmente diferente.

Aún no había amanecido y Jake estaba intentando permanecer en aquel estado tan agradable entre la vigilia y el sueño cuando empezó a sonar su móvil.

Sin levantar la cabeza, alargó una mano para contestar.

—¿Sí?

—¿Jake?

—Mattie, ¿eres tú? —exclamó él, saltando de la cama.

—Sí, soy yo. Espero no haberte despertado —su voz sonaba diferente, como si estuviera asustada o emocionada o tal vez las dos cosas.

—¿Qué pasa, Mattie?

—Voy a tener los niños esta mañana.

Esa frase fue como una granada explotando a su lado. Estaba completamente despierto, enfrentándose con todas sus pesadillas, con sus oscuros recuerdos.

—¿No es demasiado pronto?

—Es un poco pronto, pero he roto aguas, así que no podemos hacer otra cosa. Pero no pasa nada, Jake. La mayoría de los gemelos nacen antes de lo previsto.

Le asombraba que pareciese tan serena mientras él tenía un nudo en el estómago.

—¿Dónde estás?

—En mi habitación.

—Voy a verte.

—Pero no sé cuánto tiempo voy a estar aquí…

—Da igual. Yo te encontraré.

Tenía que estar a su lado, tenía que verla. Tal vez, si él estaba allí, todo iría bien.

—¿Jake? —hablaba muy bajito, pero su voz le llegó directamente al corazón.

—¿Sí?

—Yo… —Mattie vaciló, como si hubiera cambiado de opinión repentinamente—. Gracias por todo.

—No le preocupes, cariño, te veré enseguida —Jake colgó y empezó a buscar su ropa a toda prisa.

El viaje hasta el hospital fue una tortura. El tráfico era lento a esa hora y parecía encontrarse con todos los semáforos en rojo. Y durante todo ese tiempo, tenía que hacer un esfuerzo para controlar

los nervios. ¿Qué haría si algo le ocurriese a Mattie?

¿Cómo podría ayudarla si ocurría algo durante el parto? Le debía tanto… Mattie lo había cambiado. Hasta que la conoció, su vida había tenido una sola dimensión: concentrarse en ganar dinero y en pasarlo bien.

Nadie estaba más sorprendido que él por su comportamiento de las últimas semanas.

Y era por Mattie. Ella despertaba lo mejor de él.

Pero, a pesar de su charla con Roy, seguía sin atreverse a decírselo. Aún no sabía si podía hacerle alguna promesa. ¿Habría esperado demasiado?, se preguntó.

Mattie oyó el ruido de la camilla que la llevaría a la sala de partos y respiró profundamente. Había llegado el momento.

Pronto dejaría de estar embarazada y Gina y Tom serían padres.

Su tarea casi había terminado.

Y Jake estaba en camino.

Pensó entonces en la mañana que lo había llevado al aeropuerto y en su lacrimosa despedida cuando le dijo que no había un futuro para ellos.

¿Cómo podría haber imaginado que Jake volvería, que iría a verla cada día, que intentaría estar a su lado en el momento del parto?

Eso tenía que significar que la quería.

¡Qué boba había sido al dudarlo! Había estado esperando que pronunciase las palabras, pero ella, Mattie Carey, sabía mejor que nadie que los actos decían mucho más que las palabras.

Menos mal que lo había recordado a tiempo.

Estaba sonriendo cuando los enfermeros entraron en la habitación empujando la camilla.

Por fin, Jake llegó al hospital y mientras subía en el ascensor intentó llamar a Mattie, pero le temblaban las manos mientras marcaba el número. El teléfono sonó y sonó hasta que saltó el buzón de voz…

Le pareció que tardaba un siglo en llegar arriba y cuando por fin se abrieron las puertas del ascensor, Beth, la enfermera de la planta, le dijo que Mattie estaba ya en el quirófano.

—¿Por dónde se va? Tengo que verla.

Beth sacudió la cabeza.

—Lo siento, Jake. No creo que…

—Tengo que estar con ella —la interrumpió él—. Por favor, dime por dónde se va al quirófano.

—No puedes entrar…

—Por favor, Beth —Jake tragó saliva—. La quiero, pero aún no se lo he dicho. Tienes que ayudarme.

Los ojos de la enfermera brillaron entonces, como si todas sus dudas se hubieran disipado.

—Ven —dijo, tomándolo del brazo—. Tenemos que darnos prisa. Tienes que ponerle una bata y unos calzos. Espero que no le dé miedo entrar en un quirófano.

Jake empezó a sentirse mareado cuando una imagen de su hermano muerto apareció en su cabeza, pero sabía que no podía echarse atrás. No podría soportar otra larga vigilia como aquélla que lo perseguía en sueños. No podía dejar a Mattie sola.

De modo que, tragándose el miedo, murmuró:

—Quiero estar con ella.

—¡Entonces, date prisa! —gritó Beth, mientras corría con él por el pasillo.

En el quirófano, Mattie se sentía sola y aterrorizada. No había esperado que hubiese tanta gente allí: médicos, comadronas, un anestesista. Y ni una sola cara amiga.

Jake seguramente estaría en un atasco, Gina y Tom volviendo de Willowbank. Pero no llegarían a tiempo.

El anestesista le pidió que se tumbara de lado para ponerle una inyección y Mattie tragó saliva.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó. Pero todo el mundo estaba demasiado ocupado como para contestar. ¿Se habían olvidado de que estaba allí?

«¿Puede sonreírme alguien? Por favor, háganme caso».

Tras ella, oyó que se abría una puerta.

—Gracias a Dios no hemos llegado demasiado tarde.

Mattie giró la cabeza y vio el rostro amable de Beth, la enfermera de su planta. ¡Y a Jake!

Era maravilloso, tan familiar y tan extraño a la vez con una bata verde de hospital.

—¿Quién es usted? —preguntó el doctor Smith.

Jake, inusualmente pálido, dio un paso adelante.

—Estoy aquí para acompañar a Mattie.

—Es su novio —anunció Beth—. Su pareja.

El doctor Smith no parecía muy contento, pero Jake ya se había colocado al lado de Mattie, apretando su mano.

—Soy… el padre de alquiler.

Todos levantaron la mirada, divertidos, pero el médico se limitó a asentir con la cabeza mientras se concentraba en su trabajo.

Mattie miró a Jake y al verlo tan emocionado intentó decir algo, pero de su garganta solo escapó un gemido.

—Sigue sonriendo, cariño —murmuró él, apretando su mano.

Mattie estaba sonriendo cuando sintió que le hacían una incisión. No le dolía porque la habían anestesiado, pero enseguida sintió algo más… como si tirasen de su abdomen. Y luego alguien anunció:

—¡Es un niño!

Mattie vio una carita arrugada y el pelo rojo de Tom.

—Es igual que su papá.

Jake empezó a reír, medio emocionado, medio aterrado, sin dejar de apretar su mano.

Otro de los médicos estaba sacando a la niña, pero antes de que Mattie pudiese verla se la llevaron.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se la llevan?

—No te preocupes, todo va bien —dijo Beth—. Solo tienen que ayudarla a respirar.

—¿No puede respirar? —preguntó Jake, con voz ronca.

—Lo hará, pero a veces el bebé más pequeño necesita ayuda. Por eso el doctor Smith insistió en hacer una cesárea.

—¿Seguro que está bien?

La enfermera le dio una palmadita en el hombro.

—Estoy segura, pero voy a comprobarlo. Vuelvo enseguida.

Todo había terminado. Los médicos le habían asegurado que la niña estaba bien, aunque tendría que estar en la incubadora durante las próximas veinticuatro horas.

Jake estaba fuera, hablando por teléfono, porque no podía hacer mucho mientras ella estaba en la sala de reanimación, donde un enfermero le tomaba la tensión cada cinco minutos.

Mattie parecía contenta, era Jake quien se sentía… perdido. Estaba mareado, como cuando se cayó de un caballo y se quedó sin aire de pequeño. Era tan extraño pensar que acababa de presenciar el nacimiento de dos seres humanos…

Los niños habían sobrevivido. Mattie había sobrevivido. Ninguno de sus miedos se había hecho realidad y debería estar eufórico.

Pero estaba tenso, angustiado, porque ahora Mattie se daría cuenta de que estaba sola.

¿Lo necesitaría?

Sí, seguro. En aquel momento estaba hablando tranquilamente con el enfermero que, por lo visto, quería conocer hasta el último detalle de la donación de embriones.

Jake quería estar a solas con ella porque tenía tantas cosas que decirle… pero podía ir a tomar un café o a ver a Roy, hacer cualquier cosa en lugar de quedarse allí como un tonto.

—¿Mattie? —la llamó cuando el enfermero se alejó por fin.

—Dime, Jake.

—He pensado que… debería irme.

—Ah —murmuró ella, tomando su mano—. Pero si aún no te he dado las gracias.

—Yo no he hecho nada.

—¿Cómo que no? Has estado a mi lado todo el tiempo —Mattie tragó saliva—. Te has portado maravillosamente y yo… he cometido tantos errores…

¿Errores? ¿De qué estaba hablando?

—¿Qué pasa, Mattie?

—Es que… tengo miedo.

—¿Por los niños? Han dicho que la niña se va a recuperar.

—No, no es eso —hablaba tan bajito que apenas podía oír lo que decía—. Quiero pedirte disculpas.

—Mattie, ¿de qué estás hablando?

—Yo no quería enamorarme otra vez… y quiero explicarte por qué no contesté a tus mensajes.

—No tienes que explicarme nada.

—Pero quiero hacerlo —insistió ella—. No te conté lo del embarazo y naturalmente tú te llevaste una sorpresa al volver a Sidney. Pero es que no quería sufrir otra vez.

—No tienes que pedirme perdón por nada, soy yo quien debería hacerlo. Me avergüenza mi reacción cuando me contaste lo que ibas

a hacer, pero es que tenía miedo por algo que ocurrió en mi infancia —Jake tragó saliva—. Mi hermano nació muerto cuando yo tenía nueve años y mi madre se puso muy enferma… Yo vi al niño, lo tuve en mis brazos.

—Oh, Jake…

—Pero todo eso ha pasado —dijo él—. Y tú les has dado a tus amigos el mejor regalo del mundo. Eres maravillosa, Mattie.

Ella lo miró a los ojos.

—Pero no soy la chica a la que conociste hace nueve meses.

—Y yo no soy el hombre al que conociste tú —le confesó Jake—. Los niños no son los únicos que han crecido en estos meses. He aprendido tanto de ti… Te quiero, Mattie. Te quiero con todo mi corazón.

Y ella sonrió. Con una sonrisa tan bonita, tan sincera…

—He pensado que a lo mejor yo podría ser tu nuevo proyecto.

—¿Mi nuevo proyecto?

—Como novio —sonrió Jake.

—¿Estamos hablando de un compromiso de verdad, para siempre?

—Para siempre. Te quiero, Mattie —murmuró Jake, inclinándose para besarla—. Te necesito en mi vida y te necesito como esposa. No te defraudaré, te lo juro. Quiero estar contigo para siempre.

Mattie no sabía si reír o llorar. Emocionada, respondió:

—Y yo quiero estar contigo, Jake.

Poco después, cuando Mattie estaba ya en la habitación, Gina y Tom aparecieron con un ramo de flores.

—¡Mattie! —gritó Gina, emocionada—. Los niños son preciosos. No sé cómo darte las gracias, cariño. Gracias, gracias, gracias. Nunca podré decírtelo suficientes veces.

Durante los siguientes minutos, todo el mundo hablaba a la vez sobre los niños, sobre lo guapos que eran, sobre cuánto se parecían a sus padres.

Mattie miró a Jake. No se había afeitado esa mañana y llevaba la camisa arrugada. Tenía el mismo aspecto que el día que lo conoció.

—Ah, se me olvidaba —dijo Gina entonces—. Tengo un regalo para ti.

—Ya te he dicho que no quiero regalos…

—Toma —dijo su amiga, poniendo un sobre en su mano—. Vamos a ver a los niños otra vez. Volveremos dentro de un ratito.

Riendo, Mattie abrió el sobre…

—¡Una semana de vacaciones en un hotel de lujo en la isla Daydream! Y está a nombre de los dos —Mattie miró a Jake, perpleja—. ¿Pero cómo lo han sabido? ¿Cómo han sabido que tú y yo…?

—Seguramente se lo habrá contado Will —contestó Jake, un poco avergonzado.

—¿Will?

—Lo llamé por teléfono cuando salí del quirófano… me ha mandado un beso para ti. Y Roy también.

—¿Pero tú le has hablado de nosotros?

—Claro que sí. Y le he pedido que sea… —Jake apretó los labios —. Le he dicho a Will que, si todo iba bien, iba a tener que venir muy pronto.

—¿Para qué?

—Para ser testigo en nuestra boda.

Mattie le echó los brazos al cuello.

—¿De verdad?

—Claro que sí —rió Jake—. Will debió de llamar a Gina y Tom… lo siento, ¿estás enfadada?

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a estarlo, tonto?

—Pareces cansada —dijo Jake entonces, besando su frente.

Estaba cansada. Cansada y un poco dolorida, pero tan feliz que no le importaba nada.

—Quédate conmigo —le dijo, tocando el borde de la cama.

Sonriendo, Jake se quitó los zapatos y se tumbó a su lado.

—Cierra los ojos, cariño.

Ella hizo lo que le pedía y, en un segundo, el cansancio empezó a dejarla adormilada.

—Te quiero —murmuró.

—Yo también te quiero —dijo Jake—. Y voy a quererte para siempre.

Mattie suspiró, feliz. Y, sintiendo los latidos del corazón de Jake sobre su pecho, se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

Epílogo

Bienvenidos a Wilhwbank

El cartel estaba a la entrada del pueblo, sobre una cama de agapantos azules.

—¡Tachan! Este es mi pueblo —anunció Mattie—. Como verás, no es precisamente una metrópolis.

—Me gusta —dijo Jake, admirando la calle principal, con edificios antiguos que se mezclaban con tiendas y restaurantes.

—Mira, hasta tenemos una torre con un reloj y todo. Y ahí está mi antiguo colegio.

Iban a comer con Gina y Tom y esa noche dormirían en casa de sus padres para empezar a planear la boda. Todo era muy emocionante.

Jake vio entonces un cartel de *Se vende*.

—¿Conoces esa casa?

—Sí, es la de los McLaughlin. Mis padres me han dicho que se han jubilado y querían irse a vivir a la Costa Dorada.

—¿Has visto la casa por dentro?

—Sí, hace muchos años, es una casa preciosa. La parte de atrás da al río y tienen hasta un pequeño muelle.

—Ah, perfecta —dijo Jake.

Mattie lo miró, sorprendida.

—¿Perfecta para qué?

—Para vivir en ella.

—¿Quieres decir que te gustaría vivir aquí?

—¿Por qué no? ¿Qué te parece? ¿Deberíamos volver mañana para verla juntos?

Mattie tragó saliva.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad quieres vivir en Willowbank?

—Claro que sí.

—¿Pero qué podrías hacer tú aquí?

—¿No podríamos vivir de los derechos de autor de tus libros? —bromeó Jake.

—Si quieres morirte de hambre…

—En todas partes hay problemas medioambientales. Si todo lo

demás falla, siempre puedo montar mi propio negocio.

Mattie lo recompensó con un beso. Le parecía demasiado maravilloso para ser verdad… pero era verdad. Como una de esas películas románticas que tanto le gustaban.

—¿Te gustaría que Roy viviera con nosotros? Si no recuerdo mal, en el jardín hay una casita para invitados.

—A Roy le encantaría —dijo Jake—. Vamos a ser muy felices aquí, Mattie.

—Cuánto te quiero —rió ella—. ¿Cómo he tenido esta suerte?

Poco después llegaron a la casa de los Roberts y Tom bajó los escalones del porche con Jasper en brazos.

—Me alegro mucho de veros.

—Nosotros también —dijo Mattie, acariciando el pelito del niño —. ¿Cómo está Mia?

—Durmiendo. Es una niña modelo.

—Qué rica.

Lucy, su amiga de toda la vida y veterinaria de Willowbank, la recibió con un abrazo.

—¡Mattie! ¡Qué alegría verte!

—Yo también me alegro mucho —rió ella—. Jake, te presento a mi amiga Lucy.

—Encantado.

—Solo falta Will y estaríamos todos juntos —suspiró Gina.

—No te preocupes, volverá de Mongolia a tiempo para la boda.

Lucy emitió un gemido y todos se volvieron para mirarla.

—Lo siento… —empezó a decir, colorada hasta la raíz del pelo —. Es que no sabía que Will fuese a venir a la boda.

—¿Algún problema? —preguntó Jake.

—No —contestó ella, nerviosa—. No, claro que no. Ningún problema.

Mattie miró a su amiga, sorprendida. Lucy y Will habían sido amigos en el instituto y habían ido juntos a la universidad, pero nunca había sospechado que hubiera algo más entre ellos.

Ahora no estaba tan segura.

—Me encantaría ayudarte con los planes de boda, Mattie —dijo Lucy, después de aclararse la garganta.

—Sí, claro, cuento contigo.

—Va a ser muy divertido, ¿verdad? —rió Gina.

—He traído una botella de champán, vamos a abrirla.

El corcho saltó y todos brindaron alegremente:

—¡Por Mattie y Jake!

Mattie miró a su prometido con el corazón en los ojos. Meses antes había soñado con una reunión como aquélla: sus mejores amigos y Jake, todos juntos. Y había pensado que sería imposible.

Pero cuando Jake le sonrió, en sus ojos oscuros leyó un claro mensaje: eran un equipo y estando juntos todo era posible.

Fin